

FEDERICO ALVAREZ ARREGUI

Tesis para obtener la licenciatura en Letras Españolas.

ORIGENES Y TRAYECTORIA DEL ROMANTICISMO HISPANOAMERICANO.

(Situación de la novela)

U. N. A. M.

MEXICO, 1966



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# TESIS CON FALLA DE ORIGEN

## INTRODUCCION

A mediados del siglo XVIII comienza la revolución. Todo el siglo XIX es, como ningún otro antes de él, un siglo de revoluciones en el que predomina, desde el punto de vista ideológico, el fenómeno nuevo de la conciencia de clase: el tercer estado conoce sus orígenes y su razón, precisa sus objetivos y prefigura idílicamente su futuro. Filosóficamente, el proceso ascendente de la burguesía está señalado por el viejo pleito entre materialistas e idealistas, (entre el materialismo francés y el idealismo alemán, en definitiva) y por el mucho más nuevo del racionalismo; y en el terreno político predomina sobre todos el gran tema de la libertad, puesto al rojo vivo por la Revolución francesa y por la Revolución norteamericana. En el campo de la literatura y del arte, por último, se manifiesta ruidosamente el fenómeno romántico ("tendencia", "movimiento", "escuela"...), henchido de implicaciones ideológicas y políticas.

Todo este proceso ideológico tiene en Europa, del XVIII al XIX, una indudable madurez. El salto se produce cuando, cuantitativamente, la estructura anterior absolutista, feudal, escolástica, ha dado ya todo de sí.

En Iberoamérica, por el contrario, la circunstancia histórica en la primera década del XIX reúne caóticamente, con el desorden y la tensión de lo repentino y de lo relativamente inesperado, una serie de categorías políticas, sociales, económicas y literarias que se confunden en planos distintos y en diversos



(y, casi siempre, insuficientes) estadios de desarrollo. Esta insuficiente madurez hace muy confusas las motivaciones y las correlaciones entre los diversos fenómenos. La Independencia se presenta unas veces como causa y otras como efecto del surgimiento de la burguesía criolla; ésta, a su vez, se hace contemporánea del sentimiento nacional, dando así coherencia a la relación independencia-burguesía, y, por último, se enlaza esa triada de conceptos (independencia, burguesía, nacionalismo) con el fenómeno del romanticismo que parece corresponder a ellos según una cierta lógica histórica. Si añadimos a ello la frecuente connotación burguesa del género novelístico moderno (el "épos bur-<sup>1</sup>gués" según Lukacs), y aun su posible origen romántico, tendremos a la mano cinco extremos de una maraña (a la que podrían buscársele muchos más) que está todavía lejos de desenredarse.

Conviene, desde el principio, acotar los límites del fenómeno romántico a fin de precisar su alcance. Desde sus orígenes mismos, en el siglo XVIII, la significación del término romántico invadió, en aras de un sicologismo difuso, todas las esferas de la vida. El siglo XIX llevó a extremos absurdos la aplicación de ese adjetivo, y, por el mismo camino, el XX ha venido a restarle toda precisión ideológica. Lo "romántico" designa una forma de ser o de expresión mucho más formal y exterior que ideológica o espiritual. Ya no implica un contenido definido. Hay un romantisch alemán bien diferente del romantisme francés,<sup>3</sup> un romanticismo liberal y otro conservador, uno nacionalista y otro cosmopolita, uno aristocrático y otro popular, uno religioso y otro ateo, uno sentimental y otro flemático, uno in-

las literaturas francesa e incluso en la griega, un individualista y otro socialista, uno racionalista y otro intuitivo, uno casto y pudoroso y otro sensual y erótico, uno realista y otro fantástico. Incluso se ha podido hablar de un romanticismo clásico.

La famosa dicotomía de Nietzsche entre lo apolíneo y lo diolíaco vino a ser un replanteamiento de lo mucho menos famosa de Coleridge entre los que nacíamos platónicos o aristotélicos, o de la de Heine entre helénicos y nazarenos, o la de Mme. Staël entre paganos y cristianos.<sup>4</sup> Nada más fácil que emparejar estos dobletes con el de clásico y romántico. Con una concepción cíclica de la historia de la literatura, Cazamian ha creído ver en las literaturas francesa e inglesa, e incluso en la griega, un proceso recurrente en el que se suceden épocas que pueden caracterizarse con estos términos polarizados. Sus seguidores, en este aspecto, son ya legión.

Con ese espíritu se hace, por ejemplo, de Lutero un romántico, e igual calificativo sirve al Arcipreste de Hita que a Bolívar, a Shakespeare que a Dostoievski, a Robespierre que a Bernal Díaz del Castillo, a Poe que a Gorki. Tan romántica es la casta y virtuosa Soledad Cordero como la Perricholi o la Güera Rodríguez. Cada época revolucionaria (la de la Independencia hispanoamericana incluida) se rodea de un "halo" romántico o se empareja a un "clima" igualmente romántico. Hasta J.P. Mariátegui ha hablado de la independencia como "empresa romántica".<sup>5</sup>

Se habla de un romanticismo eterno, ser del hombre, al que siempre se vuelve. En el terreno de la literatura, el romanticis-

mo se convirtió desde el siglo XIX en un movimiento que parecía monopolizar el sentimiento, la intuición, el anticonvencionalismo, el amor incluso. Se encuentra una lágrima en un soneto: romanticismo. Una obra de teatro que rompe las tres unidades: romanticismo. Una vocación exótica, una exaltación de la naturaleza, un canto a la libertad: romanticismo. Un suicida: romanticismo. No hay así literatura decimonónica que no sea romántica, ni escritor de la segunda mitad del siglo XVIII que no resulte de alguna manera prerromántico. Se ha llegado incluso a considerar prerrománticos "a todos los escritores que antes de aquel momento (postrimerías del siglo XVIII) siguieron direcciones divergentes de la tradición neoclásica".<sup>6</sup> Silvio Romero, en su Historia de la Literatura Brasileña, llega a decir que en un sentido amplio "el romanticismo es la literatura del presente y puede decirse que será la del futuro". Estamos ya en el terreno de la famosa pregunta de Rubén Darío.

Con frecuencia, la idea del romanticismo hispanoamericano se construye sobre idílicas rememoraciones sociológicas, o más bien, sociales, no literarias, teñidas de romanticismo por la nostalgia del propio rememorador: la limeña tapada, el café de Veroly en el México de 1838... ¡hasta los viajes en diligencias, acaban por ser románticos!

Toda esta desorbitación encarecedora de "lo romántico" —que tiene su expresión actual en la revaloración unívoca de lo irracional, lo inconsciente y lo mítico— se hace casi siempre a costa del terreno de "lo clásico" hasta el punto de que, para muchos,

el clasicismo ha quedado reducido poco menos que a la imitación grecolatina, al cultivo de la alegoría, al respeto de las tres - unidades y al convencionalismo retórico. Así sucede, por ejemplo, con Torres-Rioseco, para quien el "sentido práctico moderno", el "interés científico por la naturaleza" y la "atención al suelo - nativo" (características bien ilustradas por cierto) son factores que atemperan y reducen el clasicismo del Bello y lo acercan al romanticismo <sup>7</sup>.

El romanticismo se hace así paisaje, modernidad, psicología, moda, geografía, ciencia, interés nacional ... Al hablarnos, por ejemplo, de Martín Fierro, Federico de Onís afirma ---- ( y Cintio Vitier apoya en la primera línea de su inteligente antología de Los poetas románticos cubanos) <sup>7 bis</sup>, con una concepción literaria de la historia, que "el romanticismo y las ideas políticas habían venido de Europa mucho antes, y habían penetrado en la realidad americana, que en sí misma era romántica (subrayado por mí, FA ), por el individualismo de sus hombres-caudillos, dictadores, gauchos, llaneros -, la virginidad inabarcable de su naturaleza, el popularismo abigarrado y el exotismo pintoresco de sus costumbres y tradiciones indias y española". <sup>8</sup>

Si<sup>ve</sup>giendo un expediente semejante, "lo americano" se ha hecho también sinónimo de "lo barroco" (y lo recuerda Cintio Vitier en el prólogo ya mencionado, sin aclarar esa contradicción entre la paralela caracterización romántica y barroca) y Usler-Pietri, en su Letras y hombres de Venezuela <sup>9</sup> dice que "lo romántico ..... llega a ser casi como una segunda naturaleza de los hispanoamericanos".

Luis Alberto Sánchez, por su parte, descontento con el polifacetismo del término, prefiere reducirse a términos que él cree menos ambiguos (sentimentalismo, etc.) pues el romanticismo le parece "una actitud ante la vida".<sup>10</sup>

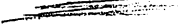
Podrían multiplicarse los ejemplos; no creo que obtuviéramos resultados, salvo que recurriéramos a la estadística y despejáramos un consenso mayoritario. La democracia no sirve, sin embargo, en estos menesteres. No hay que hacer muchos esfuerzos para demostrar que muchos y muy determinantes factores de la realidad americana están muy lejos de ser "románticos", y menos aún para rechazar la suposición tácita según la cual en lo que se entiende por romanticismo europeo había una común actitud ante la vida" o que, a pesar del muy considerable defasamiento histórico, cultural y económico, dicha "actitud ante la vida" fuera también compartida por los "románticos" hispanoamericanos.

Este saco, amplio y generoso, en el que, con la etiqueta romántica, casi todo parece caber, acaso sirva en el campo de la psicología, pero es desde luego inútil en el de la literatura o en el más general de la cultura. Imposible fijar así los límites históricos del romanticismo como una de las corrientes culturales fundamentales de la primera mitad del siglo XIX, ni definirlo de modo eficaz. En este intento precisamente, Eduardo Crema ha tratado de encontrar, en la mayor parte de su libro sobre Andrés Bello, un centro común definidor de todas "las heterogéneas constelaciones" que navegan en el cielo del romanticismo, pero siempre "el monstruo protéico" -como él le llama- se le escapa, como "al apretar la mano, el agua se escurre..."<sup>10 bi</sup>

*aquí* ↙ Antes de perdernos por ese camino, preferimos, brevemente,

en el más general de los términos...  
 ...

tratar de señalar las fuentes del romanticismo europeo, perseguir su desarrollo ideológico esencial y ver cuándo y en qué medida saltó a América, señalar su ritmo y significación en este continente y tratar de precisar "su espíritu general y el carácter particular de sus varios periodos", como quería Menéndez Pelayo.



## CAPITULO I

### EL ROMANTICISMO EUROPEO HASTA 1830

Fuentes del  
romanticismo  
européo

Cuatro fuentes parecen evidentes en el romanticismo europeo: 1) el idealismo tradicionalista inglés que, originado en Hume (1711-76) y Berkeley (1685-1753), dio la poesía melancólica de E. Young (1683-1765) de Thomas Gray (1716-70) y de Macpherson (1736-96), el atisbo de la novela "gótica" de Horace Walpole (1717-97) y el de la novela pequeño-burguesa de Samuel Richardson (1689-1761) y Jane Austen (1775-1817).

2) El idealismo clásico alemán que, a partir de Kant (1724-1804) produjo, en una de sus dos grandes vertientes (la otra sería la de Hegel) la exaltación nacionalista e individualista de Fichte (1762-1814) y el irrealismo intuitivo mítico de Schelling (1775-1854) y, tras ellos, la cauda literaria a cuya cabeza estaban, ya en pleno terreno del romanticismo, los hermanos Augusto Guillermo (1767-1845) y Federico Schlegel (1772-1829) y el filósofo Schleiermacher (1768-1834).

3) La Ilustración francesa, señoreada por el relativismo político de Montesquieu (1689-1755), la renovación de lo concreto-social en el arte defendida por Diderot (1713-84) y el descubrimiento de la naturaleza y el pueblo por parte de Rousseau (1712-78).

4) La Ilustración alemana, el Aufklärung, que, en la trayectoria del enciclopedismo francés se empeña, sin embargo, en "nacionalizar" la literatura alemana y, desde Wieland (el "Vol-

taire alemán") (1733-1813), Lessing (1729-81) y Klopstock (1742-1803), va a desembocar en el espíritu nacional, tradicionalista y popular de Herder (1744-1803) y en la vitalidad antiescolástica y un tanto desencajada del Sturm und Drag (el "romanticismo de rompe y rasga", [según mi maestro y amigo Dr. Ricardo<sup>NO</sup> Guerra]), de Goethe (1749-1832) y Schiller (1759-1805) jóvenes.

Conviene hacer hincapié en que ninguna de estas cuatro fuentes ni ninguno de los nombres mencionados para definir las (con la excepción ya advertida de los hermanos Schlegel y las de Schelling y Schleiermacher) son ya el romanticismo. Esas fuentes y esos nombres están, en una medida u otra, en el movimiento romántico, pero el romanticismo (y acaso Rousseau y, más tarde, Goethe, sean los ejemplos extremos) no está en ellos. Podríamos extender esta precisión y señalar que, en puridad, solamente en las dos primeras fuentes mencionadas y en el Strum und Drag hay elementos realmente prerrománticos, y que, podría muy bien defenderse la tesis de Lukacs según la cual, paralelo al proceso del irracionalismo, del romanticismo y del existencialismo (Fichte-Schelling-Kierkegaard) va el del racionalismo y del realismo decimonónico (de Hegel a Marx) no romántico.

Ninguna de estas corrientes del pensamiento europeo dieciochesco influye directamente en el surgimiento del romanticismo hispanoamericano. Cuando rebullen todas ellas en el mundo inmediatamente anterior a la Revolución Francesa, la América española despierta lentamente a la reflexión y a la "filosofía". Hay que esperar al desarrollo de las ramas más características y poderosas de esos cuatro troncos apenas enumerados, para em-



pezar a apreciar posibles influencias.

Proceso ideológico  
del romanticismo  
 europeo.

Aunque, años antes de la toma de la Bastilla, se venían discutiendo los fundamentos literarios del neoclasicismo y sus correlaciones socio-políticas, es la Revolución francesa la que pone al rojo vivo, en la forja de la realidad concreta, los problemas planteados hasta entonces teóricamente (en Alemania y Francia) por el tercer estado. Es erróneo suponer que la inicial arremetida contra el clasicismo académico, contra el rococó y los convencionalismos, fuera ya una manifestación romántica. Esta falsa identificación es la que ha emparentado a la Revolución francesa con el Romanticismo, y ha construido un Prerromanticismo enorme, difuso, al que día a día se añaden nuevos nombres.

Las últimas décadas del XVIII no anuncian el Romanticismo al criticar la ortodoxia académica, la miseria intelectual filisteas, la corrupción absolutista y, en definitiva, la falsificación de la realidad; inaugura un "neorrealismo" en el marco de una revaloración concreta de la razón, basado en la vuelta a la naturaleza y al hombre concreto, individual y social. Es, en otras palabras, el advenimiento ideológico de la burguesía revolucionaria. En diferentes medidas, y expresando una rica gama de posibilidades estéticas, Richardson, Blake, Diderot, Rousseau, Beaumarchais, Lessing, Hamann, Herder, expresan ese nuevo racionalismo que sabe también de los valores del sentimiento. Winckelmann, aplicando su nuevo método de análisis histórico en la condenación del rococó aristocrático, podría estar en la ba-

se de esta naciente estética burguesa, no romántica. Y, más atrás, desde diferentes ángulos, Locke y Spinoza.

Mezclada con esta tendencia predominante, se manifiesta también en esos años una vuelta "hacia las formas populares nacionales para llevarlas a un plano de universalidad, con lo que dichas formas enriquecían lo universal y se enriquecían a la vez en su particularismo"<sup>13</sup>. Herder fue el iniciador de esta tendencia en Alemania, y Chatterton y Macpherson en Inglaterra, tendencia que iba a tener gran predicamento tanto en la literatura como en la filosofía, fecundando muy positivamente la erudición y los estudios histórico-literarios.

En este punto se produce la Revolución francesa, culminación política del movimiento social que, en el terreno de la cultura, hemos esquematizado en los párrafos anteriores. Su definición programática estaba en la Declaración de los Derechos Humanos, documento trascendental, empapado de derecho natural y de racionalismo, es decir, de rousseaunismo: de igualdad, de libertad y de fraternidad.

La Revolución tuvo en sus primeros años el respaldo entusiasmado de los escritores y artistas más notables de Alemania, Inglaterra y de la propia Francia. Wordsworth (1770-1850), Coleridge (1772-1834) y Southey (1774-1843) tuvieron ideas radicales en su juventud, se llamaron jacobinos, y Coleridge fue incluso expulsado de la Universidad por sus ideas revolucionarias. Schelling tradujo al alemán "La Marsellesa"<sup>14</sup>. El joven Shelley (cuyo futuro, a diferencia de los hasta aquí nombrados, no iba a desmentir su temprano radicalismo) se dijo discípulo,

al igual que Wordsworth y Coleridge en su juventud, de W. Goodwin (1756-1836), apasionado seguidor y propagandista del saint-simonismo anarquista, y orientador también del joven Owen, dirigente pronto del movimiento obrero cartista. Según Georges Brantès <sup>15</sup> "dicha corriente engendró un naturalismo que dominaba toda la literatura, condujo del naturalismo al radicalismo y, oponiéndose primero a la tradición literaria, terminó por rebelarse violentamente contra la reacción religiosa y política, llevando en sí los gérmenes de todas las ideas liberales y de todas las hazañas libertadoras realizadas desde entonces por la cultura europea".

En Alemania, Goethe, Herder, Schiller, Hölderlin, Hegel, Schelling (íntimos amigos los tres últimamente mencionados) respaldaron alborozadamente la revolución de París y popularizaron sus ideas en la medida de sus fuerzas. <sup>16</sup>

Pero, mientras la revolución se desarrollaba en Francia en el terreno concreto y directo de la lucha política de masas, en Alemania se desarrollaba en el puro terreno de la ideología y de la cultura. Marx pudo decir medio siglo después que la filosofía de Kant era "la teoría alemana de la revolución francesa". <sup>17</sup>

Cuando Luis XVI es ejecutado, Goethe, Schiller, Herder, Klopstock, Hegel, Schelling, Jean Paul Richter (1763-1825), von Kleist (1777-1811), reaccionan en contra del terror jacobino. Pero reaccionan de muy diferentes formas. Goethe, firme en las ideas pero decepcionado de los métodos, se orienta hacia la contemplación estética al igual que Federico Schiller. (En una carta a Herder, el 4 de noviembre de 1795, Schiller decía: "La preponderancia de la prosa en todo nuestro estado en conjunto no le



<sup>21</sup>  
 ye Brandes- señalan el comienzo de la gran reacción británica".

En 1798 todavía Wordsworth y Coleridge mantenían cierto radicalismo. Es el año en que ambos amigos viajan a Alemania, se relacionan con Klopstock y Schiller, y estudian los antecedentes medievales de la moderna poesía alemana y sus nuevas tendencias.

<sup>22</sup>  
 Es el mejor momento de ambos. Luis Cernuda ha fechado precisamente el apogeo lírico de Wordsworth y Coleridge en su Pensamiento poético en la lírica inglesa (siglo XIX): <sup>23</sup> "La sazón plena de su obra poética (la de Wordsworth) data más o menos de 1797, y la descomposición de la misma se inicia hacia 1805, consumándose en 1815". Y en cuanto a Coleridge, dice: "La mejor mitad de su producción poética la escribe Coleridge entre 1794 y 1799, sobre todo los años 1797 y 1798 son los años más plenos; el poema Dejection parece terminar, en 1802, el periodo fecundo de su poesía". <sup>24</sup> El propio Cernuda apunta, a propósito de Coleridge, un dato esclarecedor: "En 1801 lee a Kant y Schelling y abandona el influjo de Locke, Hume y Hartley".<sup>25</sup>

Por su parte, Southey, todavía en 1794 escribía un poema <sup>26</sup> "sumamente jacobino, Wat Tyler", pero en 1807 se hace repentinamente acreedor a una pensión ofrecida por el rey, de 150 libras, y pasa a ser el "poeta de la corte", título con el que, para su triste gloria, ha pasado a los manuales de historia de literatura.

El programa de las Baladas Líricas (1798) de Coleridge y Wordsworth proponiendo una "revolución poética (...) destinada a dar color de realidad a lo sobrenatural por la verdad de las

cosas más humildes de cada día", degeneró muy pronto en un altruismo blando, en una piedad de burgués acomodado, sermoneador, petulante, siempre al ras de la anécdota banal, alternándola con sonetos In defense of capital punishment. Wordsworth pasó del radicalismo de sus años jóvenes, al conservadurismo temeroso del pequeño burgués, y de él a una posición regresiva, refugiado en el prestigio nacional alcanzado.<sup>27</sup> Veremos luego cómo Byron, Shelley y Keats (1795-1821), y otras figuras menores como Thomas Moore (1770-1832) se enfrentaron a Wordsworth, Coleridge y Southey con muy otra concepción de la literatura.

En

Alemania

En Alemania el punto crítico se produjo con la invasión napoleónica y la batalla de Jena (1806) que puso fin a la Prusia feudal. Ya hemos se-

ñalado cómo A.W. Schlegel, en 1798, no ve todavía explícitamente<sup>28</sup> señalada la diferencia entre lo "clásico" y lo "romántico". Pero en el mismo año, su hermano Federico definía en la revista Athenaeu (fasc. 2, p. 28) la poesía romántica como "una poesía universal progresiva que... (en contraste con la plenitud de la poesía antigua)... radica siempre en el devenir, incluso tiene como caracter propio el estar siempre en evolución, en no poder nunca quedar completada". Se ve aquí ya, cómo Federico aventajaba a su hermano en el planteamiento de posiciones estéticas, aunque luego fuera Augusto Guillermo quien precisara teóricamente la naciente posición del romanticismo alemán.

Junto a ellos juega un papel decisivo la filosofía de Fichte y sus famosos Discursos a la nación alemana (1807-1808) inmediatamente después de la derrota prusiana en Jena, así como el giro ideológico de Schelling hacia el misticismo y el intuicionismo en su memorable discurso La relación de las artes figurativas con la naturaleza <sup>29</sup> pronunciado el 12 de octubre de 1807 ante el rey, a quien acaba elogiando como "príncipe magnánimo".

"La doctrina fichteana del "yo" -dice Brandes en apretado párrafo eficaz - <sup>30</sup> dotó de sello y de arranque a la individualidad romántica. Las frases "todo lo que es, es para nosotros", "lo que es para nosotros, sólo puede ser para nosotros", "en la actuación del "yo" está comprendido todo el ser material y el trascendental", estas frases, al ser trasladadas del dominio metafísico al físico, recibieron una interpretación completamente nueva"... "Bajo el "yo" absoluto se entiende, como Fichte en el fondo, pero de un modo muy diferente, no la idea de la divinidad sino el ser humano, pensante; y el nuevo impulso hacia la libertad, la autocracia y autonomía del "yo " que, con la arbitrariedad de un monarca absoluto, hace desaparecer en la nada todo el mundo exterior frente a su propia personalidad. Esta embriaguez de libertad se manifestó explosivamente en una falange ridícula, arbitraria, irónica y fantástica de jóvenes genios y semigenios y cuartos de genio. El periodo de agitación y empuje, en el cual la libertad de que se gozaba era la aclaración del siglo XVIII, se repite en formas más finas y abstractas, y la liber

tad que se saborea es la arbitrariedad del siglo XIX".

No faltó a Brandes señalar que esa libertad era, en realidad, una libertad "interior" que ya nada tenía que ver con la libertad proclamada por Rousseau y ni siquiera con la libertad "política", "civil" de la burguesía en el poder. La libertad que proclamaban era nada menos que la "libertad" prusiana.

De igual modo, el nacionalismo alemán, exaltado por Fichte en sus espléndidos Discursos a la nación alemana, fue rápidamente despojado de sus valores realmente nacionales y, frente a la invasión francesa, su fondo revolucionador desapareció poco a poco a medida que la lucha contra el despotismo napoleónico se teñía de reaccionarismo prusiano y de odio antifrancés. El enemigo acabó siendo la revolución francesa; frente a ella, en aras de ese nacionalismo nuevo, se enarboló un germanismo que se decía heredado de Herder y que sirvió muy pronto para enfrentar lo "cristiano" a lo "pagano". La libertad pasó, igualmente, a confundirse con el "libre albedrío" católico (aunque mezclado a la predestinación misteriosa) y Federico Schlegel acaba como secretario de Metternich en el Congreso de Viena. El propio Shelling <sup>31</sup> -dice Brandes- "denomina a su sistema entero, reacción contra la aclaración y clarificación de la época racional" y, con ello, da la razón a Lukacs cuando éste dice que el romanticismo es una "tendencia general importante del espíritu en el siglo XIX, que se levanta en literatura y en política en-  
oposición a la Revolución Francesa, y económica y socialmente a la Revolución Industrial" <sup>32</sup>, y da también la razón a Marx cuando, en carta a Engels (25 marzo 1868) le decía: "La prime-



ra reacción contra la Revolución francesa y la obra emancipado-  
ra que a ella se alía, ha sido naturalmente la de ver todo de  
manera medievalesca, romántica".<sup>33</sup>

Shelling, al igual que Novalis, "se abismó, a instancias  
de Tieck, en el estudio de Jakob Böhme (1575-1624) y además mis-  
ticos"<sup>34</sup>, y muy especialmente, de Hemsterhuis (1721-88,<sup>35</sup> y lo  
mismo hicieron Coleridge y Wordsworth en Inglaterra.<sup>36</sup> La posi-  
ción extrema la representa quizá Brentano, para quien "una gota  
de agua bendita es preferible a toda la filosofía schellingia-  
na",<sup>37</sup> la cual, según Brandes no le parecía bastante devota.  
Salto parecido, de la izquierda más radical a la extrema derecha  
militante, lo dan también Görres (1776-1848) y Gentz, arrimados  
a la Santa Alianza y aterrorizados ante el avance de sus propias  
ideas de ayer.

Los románticos alemanes empiezan, pues, criticando los ex-  
cesos de la burguesía francesa en el poder y acaban criticando  
también su fundamento revolucionario antiabsolutista, y sin tras-  
poner los límites idílicamente exaltados, ahora, del absolutismo  
y de la "libertad" prusianos, abordan nuevas formas de relación  
de poder burguesas pero, a partir del repudio del jacobinismo,  
sin plantear contradicciones con las supervivencias sociales y  
políticas del feudalismo.<sup>38</sup>

En la lucha de este nuevo complejo ideológico con las  
posiciones adoptadas desde siempre por Goethe, Schiller, Höl-  
derlin y otros de menor importancia, surge, según Lukacs<sup>39</sup> la  
toma de conciencia y la constitución de la corriente romántica,

su constitución como movimiento literario autónomo, precisamente en el lustro que media entre la caída de Robespierre y el advenimiento de la dictadura bonapartista. La invasión napoleónica de Alemania y el derrocamiento de la monarquía feudal prusiana en Jena (1806) es para Lukacs el año decisivo del viraje romántico.

40

"Para los clásicos -dice Lúkacs refiriéndose a Goethe y Schiller- se trataba de oponer, descubriendo los problemas más profundos de la realidad, a la prosa de la vida burguesa cotidiana, la poesía de las grandes perspectivas del desarrollo del hombre, la poesía de su esencia hecha consciente, de sus normas hechas visibles... con la ayuda de la forma más rigurosa y pura... Para los románticos, por el contrario, esa prosa burguesa debería ser destruida por la magia, supuestamente irresistible, de la subjetividad genial y creadora".

Una de las batallas más significativas entre ambas posiciones se dio, precisamente, en el terreno de la teoría de la novela, a propósito de la aparición del Wilhelm Meister de Goethe, ruidosamente criticado por Wordsworth en Inglaterra, y por Novalis y Schleiermacher y otros en Alemania. A la manera realista de la gran novela de Goethe, a su carácter biográfico, objetivo y, en cierto modo, "pedagógico", oponían los románticos la teoría de la ironía y de la magia, y una estrecha valoración poética de la prosa novelesca, que no veía en la gran novela de Goethe, como lo vio Brandes, "la lenta y escalonada recon-

ciliación y fusión del ideal poético con la realidad real".<sup>41</sup>

Entrando en el tema de la polémica, Schiller pedía a Goethe<sup>42</sup>, "que se elevara por encima de la realidad", pero que no se divorciara de ella, que se detuviera "dentro de lo sensible". Lo que Novalis criticaba despreciativamente era "la prosa", lo prosaico de la novela,<sup>43</sup> y Scheleirmacher contraponía, incluso, la Lucinda de Schelegel, al Whilhelm Meister, ensalzando aquélla por sus valores específicamente "poéticos".

Esta cuestión de la ironía y de la magia románticas merecería todo un estudio. Habría que empezar, una vez más, por señalar que, contra lo que muchos creen, tampoco la ironía fue un descubrimiento romántico. Lo que hizo el romanticismo alemán fue absolutizarla. Lezama Lima ha indicado bellamente la valoración dieciochesca de la ironía y veladamente, su carácter corrosivo entre los románticos.<sup>44</sup> "Dos armas -dice- esgrime este siglo (el XVIII): el disparo de la imaginación y el florete de la ironía, pero para que la ironía no corroa la imaginación (y aquí Lezama, parece referirse veladamente a la de los románticos), agotándola, el exotismo, la tentación de las fiestas galantes y de los países desconocidos".

<sup>45</sup> Lucacs y Brandes han comentado sagazmente el tema,<sup>46</sup> pero quien más crudamente ha expuesto a los románticos a propósito del tema, es tal vez, V. Yankelevich:<sup>47</sup> "Señalemos en primer lugar que el cinismo está siempre al final de la iro-

nía y que Federico Schlegel pasa continuamente de ésta a aquélla: en este sentido, el cinismo no es más que una ironía frenética que se entretiene en molestar a los filisteos por el placer de hacerlo; es el diletantismo de la paradoja y del escándalo"... Y más adelante: "la ironía socrática discute solamente la utilidad y la certidumbre de una ciencia de la naturaleza; la ironía romántica discutirá, a principios del siglo XIX, la existencia misma de la naturaleza. El idealismo crítico la estimula y, entre los poetas, se convierte poco a poco en un idealismo lírico y en un idealismo "mágico". Del Sujeto de Kant al Yo de Fichte y de la Imaginación de Novalis al Genio de Federico Schlegel, el espíritu no cesa de hincharse, embriagarse, por así decirlo, de sí mismo"... Y, más aún, sobre la "libertad" de los románticos, coincidiendo con la opinión de Brandes que acabamos de dar: "Schlegel se da la libertad (¿no diríamos que hoy "escogió la libertad"? EA.) pero una libertad sin responsabilidad, una libertad que no tendría más objeto que el placer de ejercitarse - la libertad, en una palabra, sin el orden jurídico y sin todo ese pathos serio que aburguesa el Yo fichteano". Y, como ejemplo, menciona a Julius, el héroe de Lucinda que "juega el juego cínico de la libertad"... "Esta libertad "espectacular" y holgazana, se traga todos los valores de la cultura, y conduce a una especie de indiferencia quietista para la que no hay virtud, ni objeto, ni incluso arte!"

"La "boutade" romantique -afirma Yankelevich<sup>48</sup> diferenciando



La juventud radical de Chateaubriand dura un suspiro, y el vizconde se exila. Con él abandonan Francia muchos otros escritores: unos repudiando los excesos jacobinos, otros enfrentados a Napoleón, años después. Se crea así lo que Brandes ha llamado "la literatura de migrantes"<sup>50</sup>, "movimiento literario renovador y fecundante", pero inevitablemente influido, dadas sus circunstancias ideológicas y ambientales, por el creciente romanticismo alemán de Schelling, Schelegel y Scheleiermacher. Vivía; ciertamente, el prestigio indeclinable de un Bernardin de Sain-Pierre, de un Diderot, o, más aún, de Rousseau. Pero el sentido liberal igualitario que se palpaba desde las primeras páginas de Pablo y Virginia o de La nueva Heloisa (para no hablar de El sobrino de Rameau y de su "paganismo") no podían ser del agrado de quienes acababan de ver, por sobre todas otras cosas, sus frutos sangrientos. Buscando raíces a su propia decepción, a su desengaño, acabaron por condenar toda la literatura ilustrada, la autosatisfacción filosófica de los racionalistas, el arrinconamiento de los valores sentimentales y las pretenciosas profetizaciones de futuros idílicos, y culparon a las generaciones literarias del XVIII de su propia frustración intelectual e idológica. Nada más natural que acogieran con fruición las novísimas corrientes que cruzaban el Rhin, reflejo -según debieron pensar entonces- de la verdad misma del hombre, de su intimidad esencial, de la serenidad enriquecedora, del asombro ante lo desconocido, de la aceptación modesta de lo impredecible, de lo misterioso, de los valores primarios del hombre: el amor, la piedad, la soledad, la duda, etc.

Todo ello arropado en un liberalismo terco pero cada vez más tibio, más desencantado, y en una curiosidad enfermiza por todo lo desconocido, por todo lo lejano y exótico, única sede posible de sus ilusiones rotas, de la ilusión de una libertad que, acaso inconscientemente, no era ya más que una libertad individual, egoísta, aristocrática, aunque se mantuviera enarbolando a ratos el nombre de Rousseau.

Chateaubriand va a "aprovechar la reacción anticlásica, para exaltar los valores cristianos" sobre el campo fértil abonado por la supuesta frivolidad y el ateísmo del XVIII.

Maine de Biran escribe en 1794 su célebre Autobiografía y abandonando ya el sensualismo de Condillac, cantará melancólicamente a la soledad espiritual, a la elevada virtud, a la hipersensibilidad ante la naturaleza en una tarde primaveral y a la reflexión nocturna autoanalizadora; y condenará con acritud el "materialismo" de las gentes, la frivolidad, la exaltación de los sentidos y la hipocresía social. En busca, solamente, del éxtasis en la serenidad. Dirá entonces: "Rousseau habla a mi corazón, pero algunas veces sus errores me afligen; Montaigne me agrada, pero no sé por qué me cansa enseguida...; Pascal, en sus pensamientos morales educa mi alma, pero cuando habla de religión no lo hace con amabilidad". Y acude pues... a Fenelon. "Oh, Fenelon, ven a consolarme! Tus escritos van a disipar este velo con el que tu adversario jansenista había cubierto mi corazón, como la suave púrpura de la aurora persigue a las tristes tinieblas".

En verdad, "la ilustración y la Revolución hicieron prender en los intelectuales esperanzas desmedidas", y el rojan-

ticismo creó su mundo irrealidades "como respuesta a las exigencias de una realidad insoportable" como reacción y no como revolución. El arte "deja de ser un guía y un asunto público como lo había sido en las décadas anteriores, y, junto al sentimiento de inutilidad, el intelectual, el escritor, el poeta, labra un exagerado concepto de sí mismo, un afán febril de originalidad y un subjetivismo excesivo que desemboca en el narcisismo.

Pero no se da este espíritu en todos. No desde el principio, por lo menos. En pleno auge de la reacción thermidoriana se reunían en Coppet, el elegante chalet suizo de Mme. de Staël, todos sus jóvenes seducidos: Benjamin Constant, Schlegel, el banquero Sismondi, Barante, Montmorency, Elzear de Sabran y Mme, Récamier. B. Constant ha conocido en Weimar a Goethe y Schiller y no oculta su admiración por ellos. Por el contrario, le parece que Schlegel, con quien discute con frecuencia, tiene ideas "a menudo grotescas", pero resiente su influjo, Sismondi simpatiza también con el joven alemán pero rechaza su reaccionarismo.

Cuando Senancour publica su Obermann (1804) todavía lo "romántico" es para él "lo pintoresco". Chateaubriand ya ha publicado Atala y René (1801 y 1802 respectivamente) pero desconfía del erotismo desenfadado de los románticos alemanes y acabará negando airadamente su pertenencia a aquella corriente y colocándose aún más a la derecha. En 1809 B. Constant publica su Wallenstein (imitada de Schiller) al que añade un pequeño "discours préliminaire" de carácter teórico en el que todavía hay contradicciones sobre las relaciones entre lo clásico y lo



romántico, pero el mismo año Viollet-le Duc, en su Nouvel Art Poétique señala ya, con mucha perspicacia, los defectos más importantes de la nueva corriente: desprecio por el oficio, exceso en la imitación de lo extranjero, decadencia de los valores intelectuales. La fecha decisiva parece ser un año después, 1810, con la edición, prohibición y destrucción del libro de Mme. de Staël De l'Allemagne, inspirada en el schlegelismo (aunque sin aceptar todas sus ideas) y condenada por Napoleón como antipatriótico, antifrancés. Y tres años después, en 1813, la aparición del libro de Sismondi, De la littérature du midi de l'Europe, considerado, como todo lo que resultaba novedoso en cualquier aspecto, "romántico".

Cuando en 1814, tras la derrota de Napoleón, se edita de nuevo en Francia el libro de Mme. de Staël, la polémica se desencadena. Es el momento más crítico de Europa, arruinada y desorientada. La Santa Alianza extiende su dominio, y los escritores parecen secundarla de buen grado. El romanticismo está ya en auge en Alemania y Francia. Byron y Shelley rechazan indignados el apelativo de "románticos" considerándolo despectivamente como cosa "del continente", engolfado todo él por la Santa Alianza, y respaldan las manifestaciones de los tejedores de Leicestershire (1816) y de los pobres de Manchester (1819) <sup>60</sup>.

En 1813, también, Necker de Saussure traduce al francés el Curso de literatura dramática, de A.W. Schlegel, y desde 1814 en adelante, empiezan a publicarse textos medievales franceses y a traducirse los españoles.

Son años cruciales. Napoleón en Santa Elena, Metternich dueño de Europa, y el romanticismo de la "libertad" debatiendo-

se en contradicciones que, en Alemania, van conduciéndolo al misticismo abiertamente clerical del grupo de Heidelberg, Brentano, Arnim, Görres, de Zacharias Werner (1768-1823), de Joseph von Eichendorff (1788-1857) la figura señera de este grupo segundón, prolongación lógica del misticismo anterior "de Jena" (Wackenroder, Tieck, y, especialmente Novalis) llevado a extremos militantes, pero no por ello menos fragmentarios y dispersos. Son los años que, provocarán, algunos años después, la burla sardónica de Heine y su exilio voluntario a Francia. Y la polarización, frente a ese segundo romanticismo alemán católico, de los poetas de la "Joven Alemania", cuya figura principal, Heine a un lado, será Ferdinand Freiligrath (1810-76).

En Francia, la derrota de Napoleón trae por consecuencia el encumbramiento de la figura de Mme. Staël y del círculo que ella inspiraba. Es un grupo, ya lo hemos dicho, inspirado en el romanticismo "de Jena", pero independiente de él y, en importantes aspectos, enfrentado a él. Constant (1767-1830), Sismondi (1773-1842), Barante (17 -18 ), Nodier (1780-1844), y, aunque no perteneciente al grupo, Senancour (1770-1846), representan en literatura al nuevo poder político: el tibio liberalismo de la Restauración compartido con el conservatismo agresivo de Chateaubriand y del Lamennais de aquellos años, "colaborador en Le Conservateur y figura principal en la reacción romántica de los años posteriores a 1815" <sup>61</sup> .

En España e Italia se traduce a Schlegel y surgen las polémicas clásico-románticas que enfrentan paradójicamente a los "innovadores" y "modernos" románticos partidarios de la restauración absolutista y de Fernando VII, contra los "atemperados"

neoclásicos que propugnaban, desde la emigración, la revuelta liberal. Es la época en que Böhl de Faber, Aribau, Soler y otros absolutistas enarbolaban los principios schlegelianos y, a veces, los de Madame de Staël, frente a Alcalá Galiano, José Joaquín Mora y otros liberales.

El propio Stendhal escribe: "Je suis un romantique furieux, c'est-a-dire, je suis pour Shakespeare contre Racine et pour Lord Byron contre Boileau", aunque dos años antes (1816) hubiera llamado a Schlegel "petit pedant sec et ridicule"<sup>62</sup>. El parentesco con Lord Byron definía ya una posición que muy poco tenía que ver con el romanticismo de Jena, con el romanticismo más característico.

La revolución española de 1820 viene a galvanizar el entusiasmo de los escritores, sofocados por la preeminencia del hasta entonces creciente irracionalismo romántico.

<sup>63</sup>  
"El gesto de Riego -dice Manuel Sacristán - fue la buena nueva tras el hundimiento de Waterloo". Mientras al fragor de las marchas y contramarchas de Riego por Andalucía nacía el Resurgimiento italiano, Heine recogía en su tragedia Almanzor (escrita en 1821, publicada en 1823) el inesperado y esperanzador eco:

¡Quiroga y Riego! ¡Mágicos nombres!  
Al decirlos fluyeron rios rojos,  
Se hundieron en humo y fuego  
Castillo de tiranos, mazmorras de la fe,  
Y del fuego y del humo se irgió  
La palabra eterna, la primera nacida,  
Radiante en gloria rosa y roja.

También Thomas Moore (1779-1832) saludó alborozado en 1820 lo que él llamaba "el fandango español".<sup>64</sup>

En México, la revolución de Riego iba a provocar paradójicamente los alientos independentistas de la reacción más conservadora, de los oportunistas y negociantes más ambiciosos, de la aristocracia más pretenciosa, celosa de sus prerrogativas, puestas más en peligro por la Constitución española que por la heroica y terca insurgencia de Vicente Guerrero. Iturbide surgió de esos intereses, y el Pacto Triguarante, no garantizaba otra cosa que el privilegio de los explotadores herederos de la colonia.

La derrota del liberalismo en España y Grecia (muerte de Byron en 1824 en Missolonghi) representa un nuevo opacamiento de las supuestas posibilidades sociales del romanticismo, y hasta el propio Hugo nace a la vida literaria, en 1824, con una voz conservadora. En Inglaterra han muerto Keats (en 1821) opositor manifiesto de los gobiernos reaccionarios de Liverpool y Castlereagh, Shelley (en 1822) concitador de todos los odios del conservadurismo inglés, y Byron. Queda el campo en manos de los románticos defensores de la corte y de la fe anglicana: Southey, Wordsworth y Coleridge, aunque estos miembros prominentes de la "escuela lacustre" se consideraran a sí mismos amigos de la libertad. "Los tiempos en que los reaccionarios se llamaban otra cosa -ironiza Brandes - habían pasado".<sup>65</sup>

Southey y Coleridge pretendieron incluso llevar el movimiento cartista de Owen al atrio de la iglesia tratando -como dice Cole,<sup>66</sup> -de convertir en paternalismo lo que ya empezaba

a llamarse socialismo.

Si la derrota de Waterloo fue el inicio de la preponderancia hegemónica de un romanticismo irracionalista, místico, acomodado con mayor o menor entusiasmo a la Restauración y a la Santa Alianza, la revolución de París de julio de 1830 representa el inicio de una nueva proyección de la ya famosa tendencia literaria romántica que niega sus características más definidoras y salva sus valores indudables: "la refundición de las formas literarias, el enriquecimiento de la lengua, la renovación de la sensibilidad y de la imaginación creadora".<sup>67</sup>

Baldensperger ha escindido el romanticismo francés en dos periodos, hablando de un romanticismo individual que ocuparía los años de 1814 a 1829 y de un romanticismo social a partir de esa fecha. Brandes coincide indirectamente con esta idea cuando afirma que "después de 1830 comenzó la doctrina de Saint-Simon a ser una fuerza social", contra la nobleza, el ejército y el clero.<sup>68</sup> Lamennais da entonces su sensacional giro ideológico y empieza a escribir sus famosas Palabras de un creyente. El Grupo de las Pequeñas Tullerías que encabezara Nodier (Lamartine, Vigny, Hugo, Dumas, Musset, Saint-Beuve) ha cubierto también su proceso de radicalización y con un sentido ya de "progreso" se empieza a hablar del "espíritu de la época". Mazzini funda (1830) "la Joven Italia". En París, nebulosamente todavía, empieza a hablarse de "socialismo".<sup>70</sup>

Es el año (1830) en que Estéban Echeverría regresa a la Argentina y Fermín Toro a Venezuela. Es, también, el de la muerte de Bolívar. Un año antes, en 1829, Del Monte llegaba a Cuba. Estos tres viajeros traen de hecho en esa fecha el ro-

romanticismo a Hispanoamérica. El romanticismo de 1830. Y, en lo que se refiere a Del Monte, no de un modo partidario.

En el próximo capítulo veremos cuál había sido el proceso ideológico-literario hispanoamericano en las décadas (1810-1830) en que hemos visto desenvolverse el proceso romántico europeo hasta escindirse radicalmente.

CAPITULO IIPROCESO IDEOLOGICO DE LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA.

El proceso independentista hispanoamericano tiene sus orígenes inevitables en el desarrollo de la economía, de la conciencia nacional, por vaga que fuese, y de las consiguientes contradicciones que estos dos procesos tenían que determinar entre criollos y peninsulares, entre la creciente clase de hacendados y terratenientes predominantemente americanos y los casi totales monopolizadores españoles del comercio exterior. En el centro de este complejo fenómeno puede situarse el surgimiento de una burguesía hispanoamericana en diversas capas de desigual jerarquía, que habrán de provocar muy pronto los conflictos civiles que caracterizan toda la historia de Hispanoamérica durante el siglo XIX.

La lenta evolución de los factores económicos, psicológicos y culturales, que iban dando nacimiento durante la segunda mitad del siglo XVIII al carácter peculiar de lo criollo, tiene su gran coyuntura política y su crisis revolucionaria con ocasión de la invasión napoleónica de España y de la desaparición de los poderes tradicionales de la colonia.

La cultura del XVIII en la América española, sofrenada primero por las estructuras inquisitoriales y liberada luego en cierta medida durante el largo reinado de Carlos III, discurre por caminos, ya muy estudiados, que van del barroco al neoclasicismo de modo bastante paralelo al de la Península pero despertando ya peculiaridades. "El barroco -dice Le-

71

zama Lima en La expresión Americana, fue un arte de la contra-conquista (y recuerda al Aleijadinho, y al indio Kondori, del Perú). Representa un triunfo de la ciudad y un americano allí instalado con fruición y estilo normal de vida y muerte" ... "El primer americano que va surgiendo dominador de sus caudales es nuestro señor barroco". Arrom tiene diferente opinión: Según él, por lo menos hasta la generación romántica (1834) "a ambos lados del Atlántico han imperado en cada generación idénticas ideas estéticas" ... "España e Hispanoamerica siguieron y siguen siendo partes indisolubles de un solo mundo cultural".<sup>72</sup>

A fines del siglo, el impulso ilustrado dado a los estudios de las ciencias naturales, el ejemplo de Humboldt, la labor de las Sociedades de Amigos del País y, principalmente el crecimiento de la riqueza y de la producción de bienes de consumo, determinan la incipiente cristalización de ciertas "comunidades de cultura". Las divisiones administrativas coloniales de todo el continente no facilitaban la precisión geográfica "nacional" de estos complejos culturales, pero habían logrado un nivel que habría de facilitar una relativa diferenciación nacional en el momento de la consolidación de los nuevos estados independientes, diferenciación fundamentada a menudo en contradicciones económicas heredadas de la Colonia, como por ejemplo, la contradicción de intereses entre el puerto de El Callao y los del Plata.

De lo que se trata ahora es de precisar los caracteres definidores, ideológicos y estilísticos, de la superestructura cultural "nueva", y de la medida en que pudiera estar influida por las corrientes románticas que nacían en Europa por aquellos años.



Se trata de ver si la independencia política de hispanoamérica venía acompañada o no de la emancipación intelectual y literaria, proclamada por Bello en 1823, antes de Junin y Ayacucho, y de si la tan famosa "revolución o reacción romántica" reuopea se emparenta de alguna manera con la crisis de las superestructuras artísticas y literarias en los países que nacían entonces a la vida independiente.

El hecho de que el neoclasicismo y la Ilustración aparezcan siempre históricamente ligados a la colonia, y el romanticismo al primer medio siglo de independencia, ha llevado a un consensus de caracter nacionalista bastante extendido, según el cual la independencia misma y sus líderes son un fenómeno romántico. Ya hemos visto que hasta un marxista tan distinguido como José C. Mariátegui ha expresado esta idea... Se lograría así abrir una sima deslindadora absoluta (un salto de calidad total) entre la cultura colonial dieciochesca y la independencia, y reunir, por ejemplo, en Bolívar, los elementos de una revolución total envuelta en los pliegues del romanticismo. ¿Hay romanticismo en América en las tres primeras décadas del siglo XIX? Miranda, Hidalgo, Bolívar, San Martín, O'Giggins, Rivadavia... ¿abren el camino del movimiento romántico? Cruz Varela, Olmedo, Lizardi, Heredia, Bello, el incógnito autor de la novela Jicoténcatl (1826) ¿son románticos o precursores del romanticismo? ¿Es romántico el influjo ideológico de Rousseau en esos años? Bolívar, en fin, ¿es una figura romántica? ¿es un escritor romántico?

Primer periodo  
independentista:  
(1808-1814)

Hasta 1808, las minorías criollas partidarias de la autonomía (no había por entonces perspectiva de mayores vuelos)<sup>73</sup> formaban una oposición intelectual que empezaba a manejar, sin posibles asideros prácticos, políticos, los conceptos de "sociedad civil" o de "soberanía", "pacto o contrato social", etc. De repente, la detención y abdicación de Fernando VII da paso a la posibilidad práctica, política. Los conceptos teóricos adquieren toda su eficacia movilizadora de conciencias, de voluntades. Interpretan una posibilidad política.

En la lucha entre Cabildos y Audiencias, la inteligencia criolla argumenta que, desde el Descubrimiento, los países de América establecieron un contrato social con el soberano español y no con España, y que desaparecido el vínculo con el rey, la soberanía volvía a "la nación". La autonomía de los cabildos (no la independencia, todavía) era el objetivo inmediato. Al Licenciado Verdad (1760-1808) le cuesta la vida el hacer ver que esa soberanía de los tradicionalmente democráticos ayuntamientos es la del "pueblo". "Dos son las autoridades legítimas que reconocemos -decía el Lic. Primo Verdad-: la primera es de nuestro soberano, y la segunda de los ayuntamientos, aprobada y confirmada por aquél. La primera puede faltar, faltando los reyes..., la segunda es indefectible por ser inmortal el pueblo"<sup>74</sup>. Fray Melchor de Talamantes, "el de más avanzadas ideas en el grupo criollo" de México, según

Luis Villoro, dice que, cuando falta el rey, "la nación recobra inmediatamente su potestad legislativa, como todos los demás derechos y privilegios de la Corona.<sup>75</sup> Y el abate Camilo Henríquez (1769-1845) proclama en Chile que "los contratos deben hacerse en la posibilidad de cumplir recíprocamente sus deberes. Si no, las cosas vuelven al momento antes del contrato. Imposibilitado Fernando VII de cumplir con el pacto social que tenía con sus súbditos, éstos recobran su soberanía".<sup>76</sup>

Con espíritu semejante, la Junta de Sevilla proclamaba el 14 de febrero de 1809: "Desde este momento, españoles y americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres".

Muchos han visto en todo este lenguaje el sello de Rousseau y de su Contrato Social. Con mayor penetración, pero sin desmentir esa posible influencia, Luis Villoro ha señalado la más evidente influencia de los jesuitas ilustrados españoles, seguidores de Suárez y Juan de Mariana; la del jusnaturalismo racionalista (Grocio, Puffendorf, Heinecio), la más importante en México, a juicio de Villoro -también señalada por Jaramillo Uribe<sup>77</sup> -; la de los autores ilustrados españoles, Jovellanos y Martínez Marina, y, por último, la de las ideas francesas: Rousseau, Montesquieu, Voltaire, La Enciclopedia. Un historiador marxista argentino, Leonardo Paso, da también mayor importancia al influjo ideológico de la ilustración española en Moreno, Belgrano, Monteagudo o Rivadavia, que a la francesa, con ser esta última tan notoria. Es más, Paso supone incluso, que después de la española, la versión ideológica inglesa del pensa-

miento revolucionario burgués (la libertad de comercio) es de mayor importancia todavía, que la francesa (que da, sobre todo, "la perspectiva histórica más acabada del desarrollo burgués"<sup>78</sup>). Villoro insiste: "no habría que exagerar la influencia de los autores franceses", sólo aparece con toda evidencia en México "en una etapa tardía de la revolución". "El lenguaje que emplearán los primeros teóricos de la Independencia (Villoro se refiere específicamente a México) recuerda tan claramente esta corriente (del jusnaturalismo y de la doctrina suarista) que no podemos menos de ver en ella su fuente más importante"<sup>79</sup>.

Melchor de Talamantes (1808) y Mier (en 1813) se oponen, expresamente, a Rousseau<sup>80</sup> y en capas muy determinantes de la oposición a la metrópoli (capas que representaban a los terratenientes criollos, que no buscaban mucho más que una liberación del comercio internacional de Hispanoamérica y el acceso a las jerarquías políticas) se teme el influjo de las ideas revolucionarias provenientes de Francia y de Estados Unidos.

Pero junto a estas capas había otras que se hacían cada vez más importantes, más por participar de modo determinante en la lucha armada que por representar a la burguesía deseosa de abrir en las antiguas colonias españolas los caminos de la industria y de la producción capitalista. Entre ellos hay que contar a Miranda y Bolívar, en la Nueva Granada, y a Moreno, Belgrano y San Martín en el Virreinato de La Plata, figuras

sobre las que ha recaído con mucha frecuencia el calificativo de "románticas" y el de "rousseauianas". En este grupo no hay homogeneidad ideológica, y es fácil apreciar la considerable distancia que media entre el primer antijacobinismo de Teresa de Mier, el temprano y fugaz radicalismo de Miranda o Bolívar y el mucho más sólido de Mariano Moreno o Monteagudo. Bolívar y Miranda, inician su formación ideológica en el jacobinismo. Pertenecen a la sociedad secreta masónica "Gran Reunión Americana" fundada por Miranda en Londres, y relacionada con la "Logia Lautaro o Caballeros racionales" fundada por el argentino Alvear y el chileno Monteagudo? (y a la que más tarde llegaron a pertenecer San Martín y O'Higgins hasta bien avanzado el primer tercio del siglo.)

El "rousseauismo" de todos ellos no es ni igualitario ni mucho menos "romántico". En su Historia del Nacionalismo<sup>81</sup> Kohn ha diferenciado bien a Rousseau de los románticos alemanes. Leyéndolo, parece como si se refiriera también, junto a Rousseau, a los libertadores de América. Dice: "Una nación que se expresara por medio de la voluntad general no podía ser, para Rousseau, producto de la naturaleza. Los pensadores románticos alemanes lo interpretaron mal cuando transfirieron su antítesis ético-cultural (la naturaleza y las tradiciones populares contra la civilización aristocrática y urbana) al campo de la sociedad y del nacionalismo. Establecieron una distinción entre el Estado y la nación: consideraron que el Estado era una construcción mecánica y jurídica, el producto artificial de accidentes históricos, mientras que la nación sería obra de la

naturaleza y, por lo tanto, algo sagrado, eterno y orgánico, cargado de una justificación más profunda que las obras de los hombres. Nada más lejos del pensamiento de Rousseau; para él la nación y el estado nacional no eran nada "orgánico" o "natural", sino productos de la voluntad de los individuos. De acuerdo con los románticos alemanes, todos los hombres "pertenecían" por "naturaleza" a una nación, mientras que Rousseau consideraba que estos se agrupaban en nación "gracias a una declaración espontánea".

La consigna de la Independencia nacional apenas se susurra entre los jóvenes radicales. 1810 es el año en que proliferan las Juntas americanas. El 21 de septiembre de 1809 había nacido, bien es verdad que a una vida fugaz, la de Uruguay. El 19 de abril de 1810 nace la Junta venezolana, el 25 de mayo la argentina, el 16 de julio/<sup>la</sup> del Perú, el 20 del mismo mes la de Nueva Granada, en agosto la de Ecuador, el 18 de septiembre la de Chile. Todas ellas nacen del conflicto entre las Audiencias (representativas del poder metropolitano) y los Cabildos (representativos de los intereses criollos) de cada Capitanía o Virreinato. No tienen un fundamento popular; están dirigidas muchas de ellas por nobles "españoles-americanos" que ansían -como quedó ya dicho- la liberación del comercio de las trabas monopolistas impuestas por la Metrópoli, la eliminación de los privilegios de los peninsulares, la liquidación de la casta burocrática colonialista y parasitaria, la desaparición de buen número de cargas fiscales, la eliminación de la censura y de la obediencia impuesta, la adqui-

sición de derechos iguales para criollos y españoles: en una palabra, la liquidación del despotismo imperial, la autonomía económica y, para los más radicales, el desarrollo de las fuerzas productivas capaces de crear un mercado interno. Proclaman una independencia "fiel": una fidelidad voluntaria, condicional, y consciente; "desatar sin romper" según gráfica expresión del Tratado de Córdoba, en México <sup>82</sup>, algo así como un germen de lo que luego, en el imperio británico, entenderíamos por "Commonwealth". Ante el ejemplo de tantos países que habían iniciado ya el camino de revolución industrial, las colonias querían desembarazarse del camino decadente de la metrópoli al que se veían arrastradas. <sup>83</sup> No eran ya un continente colonial dócil, sino, cada vez más, un conglomerado caótico de países imprecisos con una burguesía criolla rica, muy rica, y una clase de terratenientes, igualmente criollos y ricos, que habían minado las relaciones económicas coloniales y que querían gobernarse a sí mismas sin dejar de ser "fieles" al monarca español.

El período "fidelista" de las Juntas tiene su momento apical en 1812, cuando el triunfo de Bailén y la proclamación de la Constitución liberal de Cádiz plantean para algunos "posibilistas" de la época una alternativa considerable. Miranda, derrotado, pacta con Monteverde, con la sola condición de implantar en Venezuela la Constitución gaditana. Poco más tarde, en Chile, O'Higgins, también derrotado, acepta el Tratado de Lircay según el cual los chilenos ganaban un relativo gobierno propio a cambio de reconocer la soberanía de Fernando VII. Pero

lo que para algunos es, en la derrota, una posibilidad táctica conciliadora, para la mayoría es una coyuntura de rompimiento total en la que se unen los reaccionarios enemigos del liberalismo triunfante de Cádiz y los radicales independentistas. Bolívar está a punto de fusilar a Miranda. El período de las Juntas y su muy peculiar oportunismo había pasado ya. La respuesta paradójica a la Constitución liberal de Cádiz es el grito de libertad política total.

Un ejemplo curioso y muy expresivo de las vacilaciones "nacionales" anteriores a la promulgación de la Constitución de Cádiz es el del nacimiento de la enseña nacional argentina. Belgrano propuso el 13 de febrero de 1812 que se señalara una "escarapela nacional" como señal de las tropas patrióticas. La Junta lo concede y Belgrano, sin más consultas, la convierte en bandera.

" Siendo preciso -dice en una comunicación oficial a la Junta- enarbolar bandera y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca, conforme a los colores de la escarapela nacional: espero que sea de la aprobación de V.E. Rosario, 27 de febrero de 1812".

En mayo la Junta reprende severamente a Belgrano la libertad que se ha tomado y Belgrano tiene que bajar la cabeza. Sus palabras trascienden un amargo patetismo.



" La bandera la he recogido -contesta- y la desharé para que no haya ni memoria de ella, y se harán las banderas del regimiento número 6, sin necesidad de que aquello se note por persona alguna, pues si acaso me preguntaran por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria por el ejército, y como ésta está lejos, todos la habrán olvidado, y se contentarán con la que se les presente,

" En esta parte V.E. tendrá su sistema, al que me sujeto, pero diré también con verdad que como hasta los indios sufren por el rey Fernando Septimo y los hacen padecer con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan de oír nombre de rey, ni se complacen con las mismas insignias con que les tiranizan."<sup>84</sup>

El sentimiento nacional no era, pues, ni podía ser, muy preciso. Miranda, por poner otro ejemplo, había proyectado una sola gran "nación independiente, hispanoamericana, bajo un emperador hereditario con el título de Inca, y un parlamento que siguiese el modelo inglés, en el que los miembros de la Cámara Alta serían llamados Caciques, y serían inamovibles."<sup>85</sup>

Cuando Bolívar, el 15 de junio de 1813, lanza su furioso llamamiento de "Guerra a muerte al español" lo hace más que na-

da para galvanizar el posible espíritu nacional que hubiere en las gentes o para crearlo haciendo del enemigo un extranjero invasor. "Nuestro odio no conoce barreras y esta es una guerra a muerte". Mitre y Gil Fortoul condenaron luego el terror bolivariano que empujaba a Briseño, "el Demonio", a decapitar a todos sus prisioneros españoles. Pero Bolívar quería "la división del frente monárquico en españoles de un lado y americanos del otro". (Otro era el sentido clasista, plebeyo, indígena, de la guerra anti-gachupina de Hidalgo y Morelos).

Segundo: Comienza el peor momento de las gue-

Periodo: rras de independencia sudamericanas.

Independentistas O'Higgins es derrotado en Rancagua  
(1814-1830) (10. de octubre de 1814), Bolívar en  
La Puerta (junio de 1814), Belgrano

en Vilcapugio y Ayohuma (noviembre de 1813) y luego en Umachiri (mayo de 1815). La Santa Alianza gobierna a Europa. En 1814, Fernando VII se declara rey absoluto. Matamoros es fusilado en 1814. Morelos en 1815. El general español Morillo se lanza triunfante a la furiosa represión de 1816. Los campos quedan definidos a sangre y fuego, y una nueva etapa se abre. Las Juntas "fidelistas" son cosa del pasado; los países de América luchan ya abiertamente por la independencia nacional, sin saber muy claramente de qué naciones se trataba, en medio de vacilaciones tácticas en cuanto a las formas de Estado (ideas monárquicas de 1814) que nada tienen que ver con el fundamento ideoló-

gico de la guerra. En el curso de la lucha los patriotas van construyendo su propia tradición nacional y, vagamente ésto penetrando en la pequeña burguesía, y acaso también en las masas, venciendo la persistente influencia que en el pueblo tienen los viejos esquemas jerárquicos. Este sentimiento nacional estaba lejos de identificarse con la democracia (recuérdese el desprecio y el miedo con que Bolívar habla de la "pudocracia", siempre miedo y confusión respecto a las masas que, en definitiva, no se controlan); pero, inevitablemente, la lenta fragua de la conciencia nacional es paralela a una rápida radicalización de la acción revolucionaria que, como dice Villoro "hace posible la aceptación de nuevas doctrinas y no a la inversa". Estas ideas, ahora sí, son ya nítidamente las de la burguesía revolucionaria francesa y norteamericana (Paine, Jefferson, Rousseau, etc.) y provocan una nueva reacción conservadora (mucho más consciente y decidida que las anteriores) en el campo de la independencia. A esta reacción no fueron ajenos muchos de los líderes militares, que, en su gran mayoría se habían educado en el seno de la aristocracia terrateniente o en familias de "españoles de América". La riqueza de los criollos, les dio una fuerza política considerable que pronto se hizo hegemónica. A medida que se atacaban, los privilegios españoles, muchos criollos se daban cuenta que se ponían también en peligro sus propios privilegios adquiridos, y aun los que esperaban adquirir. Cuando se planteaban los problemas de la tierra o de la "plebe", o cuando se aplicaban

ban medidas revolucionarias en cuanto a la tenencia de tierras (Morelos, Belgrano, Castelli), la nueva reacción hablaba el lenguaje del enemigo antiguo: de las Audiencias. Demostraban así que, junto a la contradicción fundamental externa entre la metrópoli y los criollos, había también en las guerras de independencia una contradicción interna del campo americano en que se debatían las posiciones hegemónicas de los hacendados, terratenientes y ganaderos que extendían sus latifundios, frente a las de la pequeña burguesía radical sin base económico-social suficiente. No hay que decir que fueron los primeros (Iturbide, Rosas, Portales, Flores, Páez, Gamarra, etc.) quienes impusieron en la época siguiente a la independencia, la vía conservadora que pedía una producción masiva de materias primas en los momentos en que Europa más las necesitaba para llevar adelante su desarrollo burgués industrial. El triunfo de la independencia hispanoamericana fue, pues, la derrota de una nebulosa burguesía nacional, insuficientemente poderosa, en el marco de un gran triunfo de la burguesía internacional. (+)

---

(+) El proceso político y económico español es muy singular. Lo mismo allá que aquí, con la independencia triunfó el latifundismo y la dictadura feudal. En España, el cambio fue aún más regresivo: la burguesía peninsular no tenía la posibilidad de vestir con colores "nacionales" reivindicaciones que, en verdad, eran reivindicaciones de clase. Y el romanticismo llegó, allí también, retrasado e, igualmente, como expresión de la contradicción interna de una burguesía débil.

Los derrotados (Moreno, Monteagudo, Belgrano, Rivadavia, Bolívar, Hidalgo, Morelos, O'Higgins, etc.) tenían las ideas de la burguesía radical, revolucionaria y racionalista. Eran roussonianos en cuanto enciclopedistas y tenían más en común con los constitucionalistas ilustrados de Cádiz que con los latifundistas y grandes comerciantes que heredaban los privilegios de los peninsulares y de los "españoles de América". Sus modelos eran Quesnay, Raynal, Jovellanos, Campomanes, Locke, Adam Smith, Rousseau.

No había ni podía haber romanticismo en ellos. Ni ocasión tuvieron, cronológicamente, de sentir esas influencias. Mariano Moreno muere en 1811, Belgrano en 1820, Francisco Miranda (el más conservador y vacilante de todos), en 1816, después de cuatro años de cautiverio, Teresa de Mier en 1827, etc. A todos ellos podría adjudicarse la respuesta de don Manuel de Salas (1754-1841) diputado "exaltado" del Congreso chileno de 1811, a su propia pregunta sobre las condiciones "para acertar": "Buena intención, aplicación a leer y consultar; renuncia al amor propio por el amor de la patria; docilidad para ceder a la razón aunque se oiga en boca de un enemigo o inferior... en suma, sacrificar sus pasiones al bien general y proponerse la consecución de éste a toda costa"<sup>88</sup>. Flagrante iluminismo dieciochesco.

Cuando Lezama Lima califica de románticos a Mier, Miranda, Simón Rodríguez y Bolívar necesita justificarlo con una referencia causal nada literaria: "figuras románticas -dice- por la frustración"<sup>89</sup>. Lo mismo podría decirse de Jovellanos, de Mariano Moreno, de Hidalgo y Morelos, de mil más.

El caso de  
Simón Bolívar

El caso de Simón Bolívar merece tratamien-  
to especial, aunque sólo sea por ser quien  
mejor se ha venido dejando arropar por ese  
romanticismo hecho de gestos, desencantos, desmelenamientos y  
actitudes más o menos plásticas. El Delirio en el Chimborazo  
que durante mucho tiempo se le adjudicó (la figura "romántica"  
pedía textos "románticos", y el "hallazgo" pilló desprevenidos  
a todos los hombres cultos de América) y las frases desilusio-  
nadas que tan fácilmente se encuentran en sus escritos, pare-  
cieron dar a ese halo romántico un fundamento también litera-  
rio. Ya el Delirio se ha descubierto apócrifo (véase el estudio  
de O'Leary, la referencia de Mansur, la opinión de Sanín Cano,  
etc.) y las frases paradigmáticas a las que hemos hecho alusión  
no desmienten sus escritos más definidoramente ilustrados.

En una de sus cartas a Santander, saliendo al paso de al-  
gunas manifestaciones un tanto despectivas del Sr. Mollien en  
el Morning Chronicle, Bolívar dejó escrita una breve semblan-  
za de su educación y de sus lecturas. "Robinson, que usted co-  
noce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas  
artes y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia  
de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó  
mucho al barón de Humboldt. Después me mandaron a la Europa a  
continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y  
aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos de Ma-  
drid; todo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustáriz, en  
cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender,  
se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación.

Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alambert, Helvétius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lallande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot, y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de la España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a usted para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice Mr. de Mollien; aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción puede ser en América, bajo el poder español". (Carta de Arequipa, a 20 de mayo de 1825).<sup>90</sup>

Dejando de lado las dos o tres contradicciones de este párrafo (poco después, el 21 de octubre de 1825, desde Potosí, iba a decir también a Santander: "No mande usted publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden"<sup>91</sup>), hay en él una rica muestra de estudios (cargando no poca intención en algunas menciones que nos permite definir la formación intelectual de Bolívar como la de un joven de familia "ilustrada" e incluso un tanto librepensadora. (La alusión despectiva a Aristóteles es muy ilustrativa de su antiescolasticismo.) En su relación no deja de ser sintomática, también, la ausencia del nombre de Simón Rodríguez, su maestro de ideas más encendidas (no digo románticas) ante quien, en Roma, en 1805, en la cumbre del Aventino, juró

luchar hasta lograr la libertad de la América española: gesto definitivamente neoclásico, que, sin embargo, en uno de esos giros forzados que tan bien parecen adoptar posiciones antagónicas, se ha hecho, con mucha fantasía, romántico. Y es que Simón Rodríguez, el maestro que le enseñara de memoria algunos párrafos del Emilio (otro elemento de educación "ilustrada" que, en giro no menos forzado, han convertido también en romántico tantísimos historiadores) ha sido insuflado como "el Maestro" de Bolívar en un claro intento de "romantizar" maestro y discípulo.

Tampoco estaría de más, señalar la no mención, en 1825, de ninguno de los románticos europeos del momento.

La carta de Bolívar es una valoración de su pasada educación que tiene no poco también de autoubicación ideológica en el momento de su escritura.

Tampoco la famosa carta dirigida al poeta Olmedo comentando La Victoria de Junin da el menor pie para ver en Bolívar rasgos románticos. Al contrario, Bolívar se coloca todavía más acá del alegorismo neoclásico y critica la excesiva fantasía del poeta.

Todo en él respira ilustración. "Sin la muerte de mi mujer -dice en 1828, dos años antes de su muerte- no habría hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas y San Mateo no me habrían nacido las ideas que me ocurrieron en mis viajes, porque en América no hubiera adquirido aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas, que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política"<sup>92</sup>



Y, en el momento de su muerte, aquel repetido "he arado en el mar", expresa mejor que nada, la frustración amarga, no sólo de un ilustrado sino de un hombre de una estructura mental clásica, imposible de emparentar con el intuicionismo fragmentario del romanticismo rabiosamente egoísta. Porque en esa frase el gran personaje no es el arado sino la tierra: no, constitucionalismo, educación, libertad) desde

Olmedo, Lizardi, ta del El carácter no romántico de Olmedo Bello, Heredia. (1780-1847), Lizardi (1776-1827) y

Heredia (1803-1839), Bello (1781-1865) (y lo mismo podríamos decir de Lafinur (1797-1824), Cruz Varela (1794-1839), Bartolomé Hidalgo (1788-1823), y más aún de Vicente Fidel Planas y de Labardén (1754-1809), está sobradamente definido y huelga volver sobre ello. El supuesto prerromanticismo de Noche triste y día alegre (1818) del Pensador Mexicano, es producto de una lectura prejuiciosa que no resiste un análisis serio, mucho menos si se le sitúa en el contexto general de todo el definido iluminismo de Lizardi, (libertad de imprenta, laicismo, constitucionalismo, educación, libertad) desde la primera edición incompleta del Periquillo (1816) hasta su extraordinario Testamento.

Heredia (1803-1839), el más joven entre todos los mencionados más arriba, es un caso más discutido. Algunos aspectos exteriores de su poesía, afocados desmedidamente sobre el fondo borroso de su rampante neoclasicismo, ha llevado a muchos a considerar En el Teocali de Cholula (1820?-1825) como la pri-

mera expresión romántica de la poesía hispanoamericana. Manuel Pedro González, en un acucioso estudio <sup>93</sup>, ha defendido esta tesis pero, más amigo de la verdad que de Platón, ha acabado por conceder el fugacísimo y muy parcial "romanticismo" de Heredia. Arrom ha cerrado, a mi juicio, la cuestión, con una sentencia sólida:

"Heredia no fue un escritor romántico... Sus anticipos no pasan de tenues matices originados por su ardiente temperamento, su nostalgia de desterrado y su amor a la libertad;... sus vislumbres no fueron más allá de pasajeros contactos con la poesía inglesa durante su estancia en los EEUU (1823-1825) <sup>94</sup> y nada más".

Y dando una semblanza general de toda la generación de 1804 (cuyo predominio fecha atinadamente entre 1804 y 1834), Arrom dice:

"Sus logros e innovaciones deben mirarse a la luz del gusto que aún predomina durante esta generación: el neoclásico. Ciertamente es que hay casos aislados en que se da una nota sentimental o aparece un ensimismamiento del yo que vagamente presagian la ya cercana irrupción del romanticismo. Y es cierto que, ocasionalmente, se hace una que otra traducción de algún poeta romántico inglés. Pero, no obstante, con esos presagios y contactos, no es posible decir que, verdaderamente, se inicie, y menos aún que se imponga, la visión romántica que en el arte --y en la vida-- llegará sólo con el arribo de la próxima generación". <sup>95</sup>

Incluso José Antonio Portuondo, que en su riguroso estu-

dio, igualmente generacional, de las letras hispanoamericanas, había hablado (aunque sabiéndose sujero a sus propias rectificaciones) de esa generación de la Independencia (1800-1830) como del "patriciado prerromántico, ha preferido luego, en sus últimos trabajos hablar, en lo que se refiere por lo menos a Cuba, del "patriciado" a secas, fechando el salto al romanticismo muy tarde. Dice: "Cuando el despotismo de la metrópoli española clausuró la Academia Cubana de Literatura (en 1834) -órgano literario de la nueva conciencia de clase patricia-, desterró a Saco y puso en entredicho a Luz y a Delmonte, perdida de este modo, la acción directa del patriciado que antes se ejerciera desde la Sociedad Económica de Amigos del País, la pequeña burguesía de dependientes y burócratas, como el poeta José Jacinto Milanés (1814-1863), de artesanos, como el peinetero y tipógrafo poeta Gabriel de la Concepción Valdés ("Plácido") (1809-1844) y de esclavos manumisos como el cocinero Juan Francisco Manzano (1797-1857) con formación muy inferior a la humanística de los patricios, apresuradamente informada en lecturas de autores contemporáneos españoles y franceses, cayó de lleno en el romanticismo".

*Ejemplos concretos*

El caso

Cuba y Brasil expresan, en su proceso político

de Cuba

tico de las primeras décadas del siglo XIX,

una proyección distinta, con crisis menos

radicales, en el marco de una evolución tan ligada a sus res-

pectivas metrópolis que podrían dar pie a erróneas consideraciones sobre las causas del "diferente" camino del romanticismo en estos dos países. En el resto del continente, la reacción latifundista surgió demasiado tarde para echar atrás el carro de la independencia. Y lo acompañó para forzar su estancamiento en la hora de la institucionalización estatal. En Cuba, los ricos hacendados azucareros que vislumbraron nítidamente la perspectiva que ligaba la industria azucarera al régimen esclavista y, en definitiva, a la metrópoli, ni siquiera llegaron a lanzar la consigna libertaria. No hay que olvidar que, España, sintiendo la riqueza "sana" de Cuba, concedió a la Isla, en 1793, el ansiado libre comercio azucarero con los EEUU, y la consecuente entrada masiva de esclavos africanos, defendida apasionadamente por los "ilustrados" cubanos a cuya cabeza se encontraba Arango y Parreño. Los terratenientes y comerciantes cubanos se encontraron entonces dueños de un tremendo poder económico, y se sintieron capaces de luchar y vencer (con ayuda, a veces, de la Corona y sin necesidad de una guerra de independencia) a los recalcitrantes comerciantes españoles monopolistas y mantener firmemente sometidos a la población negra que, a principios del XIX superaba ya, en número, a la población blanca de la Isla. (De 1789 a 1791 entraron en la Isla más de 20 mil esclavos.)<sup>99</sup> La Independencia no sólo no era necesaria sino, por el contrario, temida por los propios criollos. El ejemplo reciente de la insurrección haitiana, la llegada a la Isla de numerosos españoles emigrados del continente, y la evidencia de las ruinosas luchas civiles hispanoamericanas, hicieron que en Cuba el independentismo se convirtiera en un prudente refor-

mismo. Salvo pequeñas conspiraciones minoritarias no hubo en Cuba manifestación de ideología burguesa revolucionaria; las contradicciones se disimulaban en la euforia del "bump" económico, y, más de una vez, eran los hacendados criollos quienes salían triunfantes frente al monopolio comercial peninsular, con el padrinazgo de los capitanes generales ligados a los intereses azucareros y esclavistas. "Los grandes terratenientes cubanos -dice Sergio Aguirre en sus Lecciones de Historia de Cuba, - a diferencia de la mayor parte de los terratenientes de las demás colonias españolas, se mantuvieron adheridos a sus convicciones reformistas y no respaldaron ningún movimiento por la independencia. Lo único que hicieron fue aprovechar la crisis española para plantear sus tres demandas básicas: libertad de comercio, mantenimiento de la esclavitud y de la trata, asimilación (es decir, status similar al de cualquier provincia española, F.A.) o autonomía"... "Toda su riqueza se cimentaba en la esclavitud y tenían terror a que una lucha revolucionaria independentista significase para los esclavos una excelente oportunidad de conseguir la abolición"... Respaldaron, pues, al Capitán General de Cuba y a la Junta Central de la Península, y al Consejo de Regencia. Lograron incluso, a través de sus diputados, derrotar el proyecto de abolición de la trata presentado por los demócratas españoles ante las Cortes de Cádiz. La reacción fernandina fue, paradójicamente, la época de mayores triunfos económicos y sociales para los terratenientes cubanos: fin del Estanco monopolista del tabaco(1817), libertad de comercio (1818), concesión de la propiedad de las tierras (no ya en merced del rey) "para que pudieran venderla,

parcelarla, cobrar renta por ella o hacer con ella lo que quisiesen". 101

El padre Varela (1787-1853), primer ideológico serio de la independencia cubana, fue un definido ilustrado a la manera de Jovellanos, reformista de 1821 a 1823, independentista ya en el exilio, de 1824 a 1826, y retirado, después, de toda actividad política.

Más tarde, Domingo Delmonte (1804-1853), que llega a Cuba en 1829, y José de la Luz Caballero (1800-1862), comienzan a ejercer su influjo en la cuarta década del siglo, y uno desde las posiciones del conservadurismo neoclásico españolista, y el otro desde las del sensualismo y el empirismo liberal, se enfrentaron abiertamente, ya tarde, al romanticismo. Hablar de romanticismo o de prerromanticismo en Cuba, antes de Francisco (1838), novela de Suárez Romero, de Antonelli (1839), novela de José A. Echevarría, o de Cecilia Valdéz (1839, fecha de la primera parte) de Cirilo Villaverde, es tarea insostenible. Ni siquiera tenemos en este caso la apoyatura épica, desmelenada y gesticulante del supuesto romanticismo (o prerromanticismo) estético de las guerras de independencia suramericanas.

El caso  
del Brasil

El caso del Brasil es parecido. El exilio del rey de Portugal (Juan VI) al Brasil, la Constitución del reino Unido de Portugal, el Brasil y los Algarves, la regencia de Pedro, que muy pronto será Pedro I, primer rey del Brasil independiente (1822), todo este

proceso pacífico da idea clara del compromiso de intereses de las principales clases sociales del país, por no poner en peligro sus prerrogativas y privilegios. Leopoldo Zea, en su Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica ha definido así esta etapa: "Una etapa de política ecléctica en que encuentran acomodo todos los intereses. Un compromiso entre el absolutismo y el liberalismo; los intereses conservadores enlazados con los liberales". En el terreno ideológico "un enlace entre las ideas de un Locke, un Condillac, pasando por Maine de Birán, para culminar, dentro de la etapa del Imperio Brasileño, en Victor Cousin".<sup>102</sup> A través del influjo de los "ideólogos", al eclecticismo, y tras él al positivismo y al paso pacífico al régimen republicano, siempre huyendo el cuerpo a la violencia civil y al enfrentamiento de intereses, puestos los ojos, conservadores y liberales, en las crueles luchas intestinas de Hispanoamérica. La coronación de la filosofía política del Brasil, dice Zea en la obra citada<sup>104</sup> se ha expresado en la siguiente frase de "A Aurora Fluminense" al referirse a la etapa que precede a la abdicación, en 1831, de Pedro I : "Nada de excesos. Queremos una constitución, no queremos una revolución". Parece estarse oyendo a Saco, a Delmonte, a Luz Caballero<sup>+</sup>. Más a la izquierda no había ya nadie.

+ + +

---

+ Saco decía, un año después (Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba, 1832) "Hoy, hoy mismo, ¡cuán tristes ejemplos no presentan a nuestros ojos las revoluciones de España y América!" (cit. Zea, Esquema, p. 39).

+ + +

En conclusión, la burguesía nace, en América, ilustrada, premonizando la independencia política en su interés por el país en tanto que criollos con un proyecto de "nación".

La novela nace, después, también ilustrada, antiescolástica (Periquillo Sarniento) y burguesa, expresión del muy débil tercer estado hispanoamericano, coetánea de la independencia, y sin atisbos románticos.

— El romanticismo es un fenómeno del desarrollo burgués, no de su nacimiento. Expresa, no una contradicción con la metrópoli (en tanto que expresión criolla, nacionalista) sino una contradicción interna relativamente avanzada de la burguesía, ni más ni menos que en Europa. Ni siquiera el planteamiento consciente, polarizado de la contradicción liberal-conservadora (dicho muy esquemáticamente) determina por sí solo el surgir del romanticismo y así podemos ver como la lucha civil argentina o mexicana, inmediatamente después de la Independencia, (Rivadavia-Dorrego-Martin Rodríguez-Rosas; Iturbide-Guerrero-Guadalupe Victoria-Santa Anna) dista mucho de mezclarse para nada con ningún atisbo ideológico de índole romántica.

103

Y es que, de hecho, — como dice Paso — con la independencia nacional, Hispanoamérica entró de rondón en la historia del capitalismo mundial, como quien entra sin edad suficiente a un espectáculo reservado a personas adultas. Quienes la llevaban de la mano (o quienes, más exactamente, pretendían hacerlo) eran, fundamentalmente, Inglaterra, EEUU y, en menor medida, Francia, países en los que, "a principios del siglo XIX se pro-



dujo un excedente de capitales en busca de inversión". Aquí está el origen de los famosos empréstitos leoninos europeos (ingleses, en especial) a la América recién liberada del yugo español. No hay aquí error de Bolívar, de Rivadavia o de O'Higgins. Hay, sí, un condicionamiento histórico, social y económico, que no pudo brindar otra salida. La acumulación originaria del capital en Inglaterra, Francia y EEUU, se produjo al mismo tiempo que en España se fortalecían con el oro americano las viejas estructuras feudales y se sofocaban en consecuencia, toda posibilidad de desarrollo de producción burguesa y de clase burguesa. El destino de España y de sus colonias americanas es, pues, en este y en otros muchos aspectos, común, y está caracterizado por el predominio avasallador del latifundismo proveedor de la manufactura extranjera y por la debilidad e inmadurez de una burguesía comercial (o más bien, como apunta Paso,<sup>105</sup> de un capital comercial) incapaz de crear la manufactura nacional y de lograr el predominio político.

Paso cita y subraya sagazmente a Marx:

"El moderno régimen de producción, en su primer periodo, el periodo de la manufactura, sólo se desarrolló allí donde se habían gastado ya las condiciones propicias dentro de la Edad Media" ... Y, más contundentemente aún: "Los nuevos modos de producción que vengán a ocupar el lugar de los antiguos, no dependerán del comercio mismo, sino del carácter que tuviera el régimen antiguo de producción".<sup>106</sup> Bello planteó una idea

muy parecida 20 años antes: "Entre nosotros no existían elementos republicanos; la España no había podido crearlos, sus leyes daban sin duda una dirección enteramente opuesta"... "Arrancamos el cetro al monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecieron, sin sentirlo, a inspiraciones góticas... hasta nuestros guerreros, adheridos a un fuero especial que está en pugna con el principio de igualdad ante la ley, revelan el dominio de las ideas de esa misma España cuyas banderas hollaron".<sup>107</sup>

Cuando se presentó la coyuntura independentista en la América española, la intelectualidad burguesa revolucionaria pudo mantener su hegemonía en las etapas militares, y asentar precariamente las formas republicanas burguesas de gobierno. Pero, a medida que progresaba la lucha, se iba reforzando, en cada vuelco conservador, el poder de los latifundios, hasta que, lograda la creación de los jóvenes Estados, fue imposible el mantenimiento de la ideología que los hizo nacer. De aquí el arar en el mar, de Bolívar.

Nada tiene, pues, de extraño, que Rosas, ya en el poder, empezara a "teorizar" acerca del error de las guerras de independencia<sup>+</sup> y a desnacionalizar el país mediante un "federa-

<sup>+</sup> También el canónigo mexicano Beristáin, vocero del iturbidismo había dicho que "era innegable la justicia de los insurgentes, pero que no éramos aún dignos de la Independencia y la Libertad". (Cit. por L. Villoro, op. cit. p. 233).

lismo feudal" fundado en el caudillismo y la incivilidad. Nada de extraño, tampoco, que grandes masas prefirieran seguir a los viejos espadones de provincia que las mantenían en la tradición "gaucha" de las pampas incultas y los cueros y tasajos como único medio de comercio exterior, y no a los intelectuales que, desde la capital, programaban la explotación del campo, el impulso a la agricultura cerealista, el afincamiento de la renta nacional en la guerra y no en las aduanas, la creación, en fin, de un mercado interior y de una burguesía que, a partir de la artesanía y la producción agrícola, acabara en la manufactura. Programa ilustrado, como puede verse, y benthamiano y fisiócrata en el campo de la economía, que aterrorizaba, lo mismo en Argentina que en el resto del continente, a los militares dueños de grandes extensiones de tierra, muchas veces baldías, a la Iglesia latifundista, y a los comerciantes intermediarios que fincaban sus negocios cuantiosos en la pervivencia de un comercio exterior más libre pero todavía colonial.

Por eso, cuando Rivadavia es derrotado (negativa, más que derrota, a establecer a plena conciencia y a pleno riesgo la dictadura revolucionaria de la débil burguesía del Plata) habrá que esperar, tensas las ideas no vencidas, una nueva generación. La burguesía había sido puesta, por la coyuntura napoleónica, en el disparadero, antes de tiempo, sin economía burguesa dominante y con cuantiosos intereses de tipo feudal, y tuvo que hacer frente (de un modo forzosamente positivo, irrenunciabile, pues, como dice Villoro " la madurez, lejos de

suponer la negación de las etapas que la precedieron, se determina por ellas"), a la coyuntura independentista. Habría que esperar una nueva generación (y un nivel de madurez social y económico diferente) para triunfar, aunque en esta segunda confrontación con la reacción latifundista colonialista, el triunfo viniera con un compromiso que dejó intacta la estructura social del campo. En su libro sobre Rivadavia y la línea de Mayo, Paso expone con sencillez y contundencia este enlace peculiar entre la generación ilustrada y la romántica, enlace consecuente y consciente que no se ha expresado todavía, creo, de modo patente, en el aspecto literario. "En definitiva <sup>109</sup> -dice Paso -, Rosas, triunfador sobre Rivadavia, no pudo deshacer su obra; por el contrario, de su seno, y recogiendo los elementos fundamentales de la generación rivadaviana, surgió una nueva que dio continuidad a la lucha progresista de mayo: tal es el origen echeverriano. Generación, esta última, cuyo concepto puede aceptarse desde el momento en que completó el pensamiento sociológico de la precedente".

El señalamiento de Paso me parece trascendental. La generación de Estéban Echeverría (la generación romántica de la Joven Argentina) hereda a la de Moreno, Belgrano, Monteagudo, San Martín y Rivadavia (la generación ilustrada) sin fracturas ideológicas radicales, y por si hubiera duda, se denominan "Asociación de Mayo".

De igual modo, la generación de Ignacio Ramírez, Altamirano, Covarrubias, Orozco y Berra (la generación romántica de la Reforma) hereda a la de Hidalgo, Morelos, Mier (la generación

ilustrada). En medio de ambas, lo mismo en Argentina que en México, se abren las décadas de la tiranía y la dictadura (Rosas cae en 1852, Santa Anna en 1854). Y si pensamos en la "Joven Italia", y en la "Joven Alemania", y en la "Joven Argentina" ¿no es evidente que la generación mexicana de "El Renacimiento" y la Reforma, es ideológica y culturalmente, el México joven?

El fenómeno no es peculiar de México o Argentina, aunque se produzca en estos países de modo tan nítido. En realidad es un fenómeno continental, que tiene su expresión semejante, en casi todos los países iberoamericanos. Rivadavia cae en 1827, Sucre y Bolívar mueren en 1830, Guerrero es fusilado en 1831. El periodo de las luchas independentistas se cierra con el advenimiento de las dictaduras y de los cacicazgos militares reaccionarios: Gamarra, dictador del Perú en 1820, Portales el mismo año en Chile, Páez dictador venezolano en 1830, Rosas dictador argentino en 1831, Florez separa Ecuador de Colombia y se erige en dictador ecuatoriano en 1830.

Pero, en esos comienzos de la década de los 30, junto a la implantación de las dictaduras, se producen una serie de viajes premonitorios, significativos. Bello llega a Chile, un año después de J.J. Mora, en 1829. Delmonte a Cuba en el mismo año, Echegaray a Argentina y Toro a Venezuela en 1830, año del triunfo de Hernani. (No deja de ser curioso que sean esos países los primeros en abrir el camino del romanticismo en América.)

+

En América no había semilla prerromántica ; y el roman-

---

+ Acaso tampoco en Europa. Seduce la tesis de H. Bergson según

ticismo tardará dos o tres lustros de agitada polémica para empezar a adquirir carácter y sentido propios. No nace en América; viene de Francia, fundamentalmente (también, en parte, de Inglaterra y España); pero se hace en América, de la misma manera en que, cuarenta años antes, forjó venida también de Europa, una Ilustración peculiar que fundamentó ideológicamente las luchas de independencia.

Enmarcado en circunstancias económicas y sociales similares a las de los ilustrados americanos, los románticos no podían enarbolar ni la ya vieja bandera de la Ilustración, ni la del irracionalismo, del intuicionismo, del misticismo o del subjetivismo aristocratizante del romanticismo alemán o de los "lakistas" (aunque ambas corrientes tuvieran su parte, pequeña, en la poesía de algunos escritores cubanos, mexicanos, argentinos que más adelante apuntaremos). Francia ofrecía en aquellos precisos momentos de su revolución de julio la solución única que podía satisfacer a la creciente burguesía americana: la del liberalismo, la del "socialismo", la del laicismo, la de la re-  
++  
belión social y política.

---

la cual, si se encuentran en el siglo XVIII elementos precursores del romanticismo, es por una ilusión retrospectiva; el romanticismo habría "creado retroactivamente su propia prefiguración en el pasado y una explicación de sí mismo por sus antecedentes". (En La Pensée et le Mouvant, 1934, cit. por P. van Tieghem El romanticismo en la literatura europea, UTEHA, México, 1958, p. 16).

++ Por las mismas razones el romanticismo español hizo también de Francia su origen más decisivo. América no siguió al romanticismo español porque nunca se sigue a quien tiene igual edad y jerarquía. Y cuando la jerarquía se elevó en España (Rivas, Larra, Espronceda), América no desdeñó el ejemplo.

Bello había proclamado en 1823 una independencia cultural que no tenía precisión ideológica ni conformación factual y que se basaba en esa enorme curiosidad intelectual suya que le hacía incorporar originalmente (y colécticamente) de un modo independiente infinidad de lecturas. Es un precursor que se adelantó a las circunstancias de América y que, en consecuencia, fue incapaz de dar en 1823 una concepción coherente, homogénea, precisa, real y, sobre todo, histórica, de esa emancipación cultural.

Habría que esperar 10 años para apenas vislumbrarla.

En el próximo capítulo trataremos de describir brevemente la forma en que esa emancipación comenzó a manifestarse y selló su carácter.

CAPITULO IIIPENETRACION DEL ROMANTICISMO. ALGUNOS CARACTERES INICIALES.LAS POLEMICAS

Nacionalismo: El 27 de febrero de 1820, Sucre, al mando  
Federalismo, de un ejército colombiano, derrota a los  
Centralismo. peruanos en la batalla de Tarqui y manda  
erigir en el lugar de la victoria una columna de jaspe. "En uno de los lados -dice el decreto correspondiente- se inscribirán los nombres de los regimientos que compusieron el ejército victorioso; en el opuesto, los de los generales; en el tercero los de los muertos y heridos; y en el que mira hacia el campo del enemigo se inscribirá en letras de oro: 'El ejército peruano de ocho mil soldados invadía la tierra de sus libertadores; y fue vencido por cuatro mil bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829' ".

Este decreto, que provocó la crítica de Saco y aumentó -entre tantos otros elementos- su temor hacia las luchas independentistas viene también a ser una constancia de crisis nacional. Las guerras de independencia dieron lugar muy pronto, como ya hemos visto, a los conflictos civiles (en realidad, se incubaron en aquéllas), y los conflictos civiles se convierten enseguida en divorcios y guerras nacionales. La fundación de Bolivia en 1825 es un artificio político: creación de un Estado-tampón, de una especie de tierra de nadie entre Perú y las Provincias del Plata. Lo "boliviano" empieza a nacer con la guerra



Perú-Bolivia (1828). Ese año Uruguay proclama su independencia de Buenos Aires, en 1829 Venezuela se separa de la Gran Colombia, y en 1830 Ecuador se independiza de Colombia ("se libera de los libertadores"). La anficción bolivariana era un sueño ilustrado. Para seguir el ejemplo de las trece colonias hacía falta una burguesía hecha, la famosa jeomanry norteamericana, con una clara idea de nación y con la conciencia de un destino común. Tales condiciones sólo las llenaban los líderes ilustrados de la débil burguesía radical derrotada.

El despedazamiento de Hispanoamérica (todavía en 1838 vendrá la división de Centroamérica en cinco diminutas repúblicas) no puede compararse con el del Imperio romano. Aquí no había una determinante geografía enlazada con la incapacidad estatal de los barbaros; aquí habían múltiples intereses fraccionadores desintegradores y culturalmente aislacionistas. La bandera federal fue, en esos años, una forma de oposición del espíritu feudal a la creación de verdaderas naciones. Por eso Bolívar fue centralista (ver Manifiesto de Cartagena), y lo fue también Rivadavia y O'Higgins, y el propio Morazán, caudillo federal centroamericano, murió fusilado (1842) militando en las filas del centralismo, y así lo hizo constar en su testamento.

El federalismo (con la excepción de México) se creó a partir del odio de "las provincias" contra los antiguos privilegios coloniales de "las capitales" (Buenos Aires, Guatemala, Lima, Caracas, etc.), aprovechando el sentimiento aislacionista del

cacicato indígena (allí donde lo hubo) o del provincialismo español (y, en este aspecto, los Cabildos, que tan progresista papel jugaron en torno a 1810, acabaron jugando un papel regresivo).

Nada más lógico, pues, que la generación de los años 30 fuera centralista (o "unitaria") y que el naciente romanticismo surgiera con un sentimiento nacional moderno, heredado de la Ilustración independentista, y que nada tenía que ver con el nacionalismo de campanario de los espadones latifundistas. Se empieza a pasar de una concepción continental de la cultura o de la literatura, a una idea nacional, peculiar de cada país. Pero este espíritu nacional tampoco tenía que ver con la concepción "popular-nacional" de Herder, entre otras cosas porque en América no había base para un "orgullo nacional" que no se podía buscar en ninguna Edad Media ni en ningún manuscrito anónimo. Fue, por eso, un sentimiento nacional angustioso y nada plácido (a diferencia del de los Schlegel, los Grimm, Bohl de Faber, etc.), sin fundamentos tradicionales (mucho menos, tradicionalistas), sen volks ni sobornost (comunidad) ni hybris (orgullo); un sentimiento nacional forzosamente abierto, liberal, con frecuencia democrático, y siempre paradójicamente internacionalista, ansioso de influjos extranjeros, europeos. La civilización era ellos más importantes que los valores tradicionales del pueblo (usos, trajes, música, literatura anónima, etc.) y había que buscarla en Europa. Tras la monopolización colonial española y el aislamiento feudal "federal" de los caciques, el romanticismo es un intento de integración de Améri-

ca al mundo, ni más ni menos que lo fue el movimiento independentista. Y un intento de integración cultural y político.

Politicismo: Si la relación romanticismo-política es casi axiomática en Europa (sobre todo desde  
Liberalismo, 1830), en Hispanoamérica lo es aún más. Ese  
Socialismo. politicismo raigal se expresó en el liberalismo, heredado de Europa pero desprovisto al principio, en América, del sentido aristocrático que le dio en Inglaterra y Francia la posición económica privilegiada alcanzada por la burguesía; liberalismo aristocrático que existió también en España, aunque por causas enteramente dispares: "el burgués español -ha señalado Casaldueiro- se cree un aristócrata venido a menos". En Hispanoamérica, esa libertad de los elegidos -tan afin a la libertad "interior" subjetiva de los románticos alemanes- no tenía sentido alguno. Por el contrario, las influencias mayores reflejadas en Suramérica -ha dicho José Ingenieros<sup>113</sup> - son "el saint-simonismo de Leroux, que ejerce poderosa influencia sobre la generación de Estéban Echeverría; el liberalismo girondino de Michelet, representado en la emigración chilena por Vicente Fidel López; y finalmente la idea cristiana y social nacida por la evolución democrática de Lammenais dentro del catolicismo". De aquí el Dogma Socialista, escrito por Echeverría en 1838 con motivo de la fundación de la Asociación de Mayo o Joven Argentina, y publicado por primera vez en Montevideo un año después. Echeverría

hablaba de "socialismo" refiriéndose a "lo social", a la sociedad, en el polo opuesto del individualismo chillón y asocial de los románticos, pero siempre en el seno de la sociedad burguesa. Hay aquí una nueva bifurcación con respecto a las proyecciones centrales y características del romanticismo, y, junto a ella, otras más: su racionalismo, su anticlericalismo, "El liberalismo -ha dicho W. Theimer<sup>114</sup> - se nutre de la herencia de la Ilustración" ... "A su paisaje político pertenecen los librepensadores" ... "Su ideal progresista pertenecía al patrimonio intelectual de los ilustrados" ... "Fe general en el progreso, que ya había sido enseñada por Condorcet, y a cuyo amparo las instituciones racionales y liberales ... eran algo cuya realización estaba asegurada por leyes naturales". Parece que se está refiriendo a los emigrados argentinos de Chile, a Lastarria, a Francisco Bilbao, a Altamirano, a Ignacio Ramírez.

El influjo de Saint-Simon es, también, antiromántico. Su religión -dice Theimer<sup>115</sup> - colocaba la Ciencia en el lugar preeminente en que antes se encontraba la Revelación, y la Política era para él "la ciencia de la producción"; dirigía todo "por y para la industria". " A los románticos -concluye Theimer- esto les hubiera parecido una atrocidad". No así a Echeverría y a toda la vertiente liberal (la llamada romántica) de su generación. Tampoco a Larra, el influjo español decimonónico más poderoso en América, el único pensador democrático -junto a Espronceda- del liberalismo español de su tiempo (Vid. mi artículo "Larra en América", en Insula. Madrid, febrero 1958), populari-

zado por Delmonte en Cuba, por Toro en Venezuela, por Sarmiento y Alberdi (que de él tomó el seudónimo de Figarillo) en Argentina, traductor y entusiasta prologuista de Las palabras de un creyente.

Otras influencias podrían enumerarse. Vicente Fidel López, <sup>116</sup> cuenta en su Autobiografía que desde 1830, hubo en Buenos Aires "una entrada torrencial de libros y autores que no se habían oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, <sup>+</sup> de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc... andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, saintisimonianos"...

El influjo de Rousseau decae <sup>117</sup> y lo sustituyen Bentham (fuerte ya desde los tiempos de Rivadavia, que lo hizo estudiar <sup>118</sup> en la Universidad de Buenos Aires y Destut de Tracy.

{	<u>Primeras</u>	La simple enumeración de autores, títulos,
	<u>Repercusiones</u>	años y lugar de aparición de las primeras
	<u>Literarias.</u>	manifestaciones literarias posteriores a la
		independencia nos definen los focos de irradiación del romanticismo en América.

+ Cousin representa, tal vez, la única penetración -bien que indirecta y desvaída- del idealismo subjetivo alemán en Hispanoamérica.

Estéban Echeverría publica Elvira o la novia del Plata en 1832, Los consuelos en 1834 y La cautiva en 1837. El venezolano Fermín Toro publica su primer cuento, La viuda de Corinto en ese año, y al siguiente Suárez Romero lee en la tertulia habanera de Delmonte el manuscrito de su novela Francisco todavía en agraz, y Milanés su drama El conde Alarcos. Ese año escribe también Esteban Echeverría su extraordinario El Matadero (que publicaría dos años más tarde) y su Dogma Socialista. Y al siguiente aparece en La Habana la novela Antonella, de su homónimo venezolano-cubano José Antonio Echeverría. Es el año de la primera edición americana, en Venezuela, de las Obras Completas de Larra y de la aparición en Caracas de las Costumbres de Barullopolis, de Toro, de su ensayo polémico Europa y América, donde cita de primera mano a Byron, Mme. Staël, Chateaubriand, y Lamartine, y de sus cuentos El solitario de las catacumbas y La Sibila de los Andes, en la víspera de su viaje a Inglaterra. También en 1839 se publica en La Habana la primera parte de Cecilia Valdés de Cirilo Valverde. Se publica ese año el interesante Catálogo de los libros que se hallan venales en el almacén de Don Vicente Cabrerizo, de Valencia, en el que se hallan Byron, Goethe, Staël, D'Arlincourt, Chateaubriand, Lopez Soler, Bernardin de Saint-Pierre, Rousseau, Martínez de la Rosa, Dumas, Rivas, Breton de los Herreros, Victor Hugo, W. Scott, Lammenais, Cadalso, Volney, Mme. Cottin, Mme. Genlis, Pigault-Lebrun, F. Cooper...

En 1840, Vicente Fidel López escribe -según su propia referencia- su novela La novia del hereje (que habría de publicarse en el 46 o en el 54, con una carta prólogo sobre sus concepciones acerca de la novela histórica, muy influido por Walter Scott.) y un año después aparece la novela romántica Sab, de G.G. de Avellaneda, la primera edición de sus versos, y La joven de la flecha de oro, de Cirilo Villaverde.

Es el año en que comienza "la polémica del romanticismo" en Chile, punto nodal del desarrollo cultural en el Cono Sur. Es el año, también, en que regresa Toro a Venezuela, funda el "Liceo Venezolano", aparece su revista, y publica su primera novela, claramente romántica, Los mártires, sobre la vida de los pobres en Londres, y sus Ideas y necesidades.

No hay que decir mucho más para fijar en Buenos Aires-Santiago de Chile (generaciones argentina y chilena del 42), Habana (generación de la tertulia de Delmonte) y Caracas (movimiento auspiciado por Toro) los focos de irradiación del romanticismo hispanoamericano.

Sin que pueda decirse que la producción poética y novelesca de esos años (de ese lustro -1837-1842) en realidad) sea ni muy voluminosa ni muy valiosa (El matadero es la única obra universal entre todas ellas, y sólo Cecilia Valdés -todavía mediada Francisco y Antonelli tiegen, entre las otras, jerarquía artística), forzoso es compararla con el casi total vacío literario de las dos décadas anteriores para medir la urgencia con que trató de cubrirse allí donde mayor conciencia teórica hubo de ello.

Esa conciencia teórica que hemos ubicado geográficamente en Buenos Aires-Santiago de Chile, Caracas y La Habana tiene una determinante geográfica: las cuatro ciudades mencionadas son puertos marítimos de primera importancia -Caracas a una docena de kilómetros de La Guaira- y, al mismo tiempo, capitales de Estado. Son también, por entonces, centros de atracción de capitalistas y banqueros europeos, y punto de escala de cientos de barcos. Socialmente, son ciudades que crecen paulatinamente aunque no en la medida en que lo harán en la segunda mitad del siglo. Pero, sobre todo, su papel irradiador de las nuevas corrientes literarias de 1835 a 1845 se debe a la labor propagadora, ya mencionada, de tres hombres no sólo contemporáneos sino casi coetáneos: Domingo Delmonte (1804-1853), Esteban Echeverría (1805-1851) y Fermín Toro (1807-1865), viajeros que llegan a América imbuídos de esa mezcla entre la pasión angustiosa de lo americano y el bagaje cultural europeo de la que han nacido los mejores hombres de América. Si añadimos a estos tres nombres el de Andrés Bello, que llega a Chile en 1829 (Delmonte a Cuba también en 1829, y Echeverría, y Toro en 1830 a sus respectivos países) completaremos esta notable coincidencia cronológica que fecha el arranque temprano de la independencia cultural hispanoamericana.<sup>+</sup>

---

+ El hecho de que entre estas cuatro figuras mediaran considerables distancias ideológicas (sobre todo en lo que se refiere a Delmonte y, en menor medida, a Bello) no invalida su decisiva función como introductores en América de las nuevas corrientes culturales europeas, el romanticismo entre ellas.



La sola exposición de esta geografía del primer romanticismo hispanoamericano nos plantea las incógnitas relativas a México, Perú y Colombia. ¿Qué razones determinan el retraso de la penetración romántica en estos países?

México reúne, a mi juicio, varias circunstancias condicionantes. En primer lugar, es -justamente con Perú, pero más pronto que Perú y en mucha mayor medida- el único país en tener clara conciencia de una vieja tradición autóctona, legítima, genuina, vital. Europa no ejerce en México el influjo seductor que ejerce sobre otros países recién liberados de España. Su población indígena o mestiza define a la nacionalidad (la nitidez de cuyos perfiles se manifiesta antes que en cualquier otro país de América) y el peligro de la cercana y repetida agresión norteamericana (1836, 1848, 1853) no hace más que precisarla aún más. Sus primeras luchas civiles son más intestinas, más interiores, más "cerradas" que las del resto de América, y el mexicano, que sí había viajado (los ejemplos de Teresa de Mier y de Alamán serían los últimos señeros), deja de salir al extranjero con el interés y la ansiedad (en la búsqueda de bases ideológicas en que fundamentar las nuevas nacionalidades) con que salen los suramericanos. El romanticismo entra, pues, en México por una puerta menos decisiva: la del teatro. Es verdad que también en Cuba (El conde Alarcos (1838) de Milanés) y en Venezuela (Cora o los hijos del Sol (1837) de Rafael Agostini) se ha iniciado el teatro romántico. Pero, en ambos países, lo realmente decisivo es la penetración ideológica ya señalada a través de la tertulia del montañés y del movimiento auspiciado por Toro. En México, el tea-

tro, en tanto que espectáculo, tenía que permearse de las nuevas corrientes; y es así que, primero Fernando Calderón (1809-1845) y luego, más definidamente, Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842) inauguran el romanticismo mexicano en los escenarios. Su hito es la puerta en escena de Muñoz visitador de México, en 1838. (La rápida trascendencia pública de la literatura dramática hace que esta obra de Rodríguez Galván haya opacado, en cierto modo, la singularidad (o, por lo menos, la excepcionalidad, junto a otros poetas como el guatemalteco Batres Montúfar (1809-1844), el argentino José Mármol (1817-1871) o el cubano Milanés (1814-63)) de su poesía: el influjo del sentimentalismo romántico alemán, que ha apuntado en todos ellos Juan Marinello.<sup>119</sup> Pero la conciencia ideológica renovadora vendrá con la generación posterior, la de Altamirano (1834-93), aunque entre ambos momentos aparezca en una revista, parcialmente, la primera parte de El pistol del diablo (1846) de Manuel Payno (1810-94).

En Perú el romanticismo entra también por el teatro, y con ruidosa polémica. Pero tanto aquel como éste son pobres y superficiales. Por los años '40 pleitean el liberalismo y el conservadurismo de dos autores dramáticos de muy segunda línea: Manuel Ascensio Segura (1805-1871) y Felipe Pardo Aliaga (1806-1868). El primero estrena su El Sargento Canuto, en 1838, y escribirá luego muchas más obras siguiendo las normas del costumbrismo nada romántico de un Bretón. Esta "veta costumbrista" -ha dicho Arrom<sup>120</sup> - es la más rica. Los dramaturgos hispanoamericanos se lanzan a escribir

cientos de obras. "Parecen haber intuído -dice Arrom- que tener teatro propio es una manera de tener patria propia", y si se dedican también al teatro de asunto medieval o colonial, con personajes europeos a veces, es para "medir sus armas" con los autores del otro lado del mar. Pero Arrom dice "parecen haber intuído" y creo que atina. Porque la conciencia en Perú vendrá también luego, con la generación del 48.

En Colombia el romanticismo llega también muy tarde. Y resulta más extraño pues se ha convertido en un lugar común aquello de que, después de la independencia, Venezuela se convirtió en un cuartel, Ecuador en un convento (habrá que esperar a García Moreno (1859) para ello) y Colombia en una universidad.<sup>121</sup> Habrá que esperar también bastante para comprender el origen de esta última afirmación. Me parece, más bien, que la demora del romanticismo colombiano puede deberse a la prolongación pacífica (personificada en el relativamente largo gobierno de Santander -1832-1837-) del espíritu ilustrado de la generación independentista, y a la atenuación de las contradicciones internas de la naciente burguesía durante un periodo en que parecía estabilizarse la normalidad constitucional del país. Después de la muerte de Bolívar y de la presidencia de Santander (agobiado por los prestamistas y por la miseria económica del país) se suceden los presidentes de la República con pasmosa ecuanimidad, y habrá que esperar a finales de la década de los '50 para presenciar la primera guerra civil que da el triunfo, en 1861 a los liberales de Tomás Ci-

priano Mosquera. Aquella lucha iba provocar en 1862 el asesinato del poeta Julio Arboléda (1817-1861), cuyo romanticismo se manifestaba en ese "énfasis de lo subjetivo", <sup>122</sup> que le llevaba a serias contradicciones políticas consigo mismo, y a vacilaciones sobre las que todavía se discute en Colombia. De su generación era también José Eusebio Caro (1817-53), verdadero introductor del romanticismo en Colombia. Tenían la misma edad que Mármol y Lastarria, pero una concepción mucho menos elaborada y precisa de lo romántico americano.

La polémica del romanticismo en Chile, en 1842.

El triunfo de Rosas en Argentina provoca el éxodo paulatino de la joven intelectualidad de aquel país. Alberdi sale de Argentina en 1838, Mármol, parte para Uruguay el 39, Sarmiento va a Chile el 40. Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y otros los acompañan. Son una generación educada en la prédica de Esteban Echeverría que apenas cuenta cuatro años más que Juan M. Gutiérrez (1809-1878), el mayor de todos ellos. Mármol (n.1811) y Mitre (n.1821) son los más jóvenes. Sarmiento, que ocupará pronto el papel de cabeza visible de la generación, es de 1811. En 1830, cuando Echeverría llevó a Buenos Aires la semilla del romanticismo francés, era un joven de 19 años que acababa de llegar a Chile, donde había de ocupar modestos empleos de obrero impresor, maestro de escuela, e incluso de minero. Volvió a Argentina en dos ocasiones y estableció con sus congeneracionales relaciones estrechas que, en algunos casos (Alberdi, en particular) iban a tener considerables altibajos. Acaso la pasión le cegó a veces; pero son muchas más las veces en que se los

abrió, los ojos. Sus apasionadas simpatías y sus mucho más apasionadas diferencias tenían una solidísima base ideológica, casi incommovible, fincada en desordenadas lecturas de autodidacta. Había nacido para la polémica de las ideas y también para la lucha de las armas. En Las ciento y una (cartas contra las Quillotanas de Alberdi) defiende con ardor la autenticidad de su experiencia militar contra Rosas. No era un intelectual pseudorradical de los que habla Tierno Galván en Humanismo y sociedad.<sup>123</sup> Era, por el contrario, un radical agresivo, sin las ambigüedades del liberalismo aristocrático, acompañado siempre los hechos a las palabras, irreductiblemente intolerante con la tiranía y la barbarie, y -como demostró en la polémica que vamos a examinar enseguida rápidamente- totalmente impermeable a ese "radicalismo estético" de que también habla Tierno Galván. El cariz de su crítica a la "barbarie" argentina, a la pampa, al gaucho, a la incivilidad de "las provincias" es, a pesar de su exténtreo antiespañolismo, de clara raíz española. Unamuno ha contado aquella estupenda anécdota según la cual, al leer a un amigo ciego las críticas feroces de Armiento a España, el ciego comentara: "Ese argentino habla de España como un español". Como un español radical irreductible (a la manera de Larra) habría que añadir. De la misma manera en que hablaba de su propia patria, de la Argentina.

Aunque en menos medida, toda su generación comparte con él esa actitud vital, intelectual, literaria, por lo menos en los años '40. Y es que la emigración colectiva es esencialmente

inconformista, políticamente hipersensible y siempre lo refiere todo a lo político. A la emigración argentina de Chile y a sus contemporáneos chilenos les fue fácil tener una concepción histórica, historicista, y sociológica de la cultura. A todos ellos puede aplicárseles extremándolas, las palabras con que Brandes <sup>124</sup> caracterizó la continuidad o pervivencia de lo dieciochesco en los emigrantes franceses de la época de Napoleón: continúan todos la lucha libertadora contra la tradición petrificada, y no sólo en el dominio poético sino en todos los dominios del espíritu; todos ellos son naturalezas emprendedoras, espíritus descubridores, y las palabras libertad, cultura, progreso tienen en sus oídos un sonido electrizador. De no haber mediado su terca y gritona tensión ideológica, toda una concepción liberal y democrática hubiera sido enterrada. El régimen oligárquico Prieto-Portales había hecho de Chile un campo propicio para el desarrollo de una polémica abierta, periodística, que trascendiera e influyera horizontalmente a todas las capas cultas del país. Quiénes la mantuvieron (dejando a un lado la cultura poderosa de Bello) conmueven por esa apasionada combinación de insuficiencia ideológica y de responsabilidad social. Son hombres enteros, honestos, arbitrarios (cuando lo son) a pesar suyo. No se consideraban libres para todo, ni enarbolaban ese egoísmo que tan definitivamente caracteriza a los románticos alemanes y franceses de la primera generación. Eran muy conscientes de su angustiante circunstancia y del estrecho terreno que la historia había deparado a su imaginación creadora, a su fantasía literaria. Pero tenían

una pasión avasalladora de libertad colectiva. Por ese lado, tenían más que ver con Mme de Staël, por ejemplo, que con Goethe. La generación emigrada argentina (y, en general, los exiliados liberales de América) viven la ansiedad de una vida desazonada, sin patria clara, proscritos, vacilantes en las ideas (salvo en las políticas), dispersos en las ocupaciones, caóticos en las lecturas, enfrentados desde muy jóvenes a la responsabilidad civil y testigos desesperados del transcurso de la juventud sin frutos reconocidos. Son una generación exasperada intelectualmente, insatisfecha durante los difíciles años de formación, ambiciosa siempre de unos objetivos -personales, espirituales- inalcanzables en un continente sin sólida tradición intelectual, peculiar, coherente, orgánica. La circunstancia política es la coyuntura que provoca el conflicto -y la salvación humana- de toda esta generación. De no mediar esa perspectiva apasionante (y, lo que es más importante: de no haberle dado cima victoriosa) el romanticismo americano acaso hubiera acabado entre las brumas oseánicas, escépticas o fúnebres, de sus orígenes europeos. En Hispanoamérica no hay "mal del siglo" a mediados del XIX, ni puede haberlo. El "mal del siglo" americano es finisecular y se confunde con el modernismo que, en gran medida, es como una revaloración del romanticismo primigenio, europeo. Tenía que venir -como en Europa- después del triunfo -por parcial que fuera- de la burguesía, y después también, de su asentamiento, de su achabacamiento, de su traición a sí misma y a sus orígenes. El romanticismo, pues, llegó tar-

diamente a América si se lo compara con el europeo, pero muy pronto si se le relaciona con el desarrollo social de la clase que lo justifica históricamente. La discusión es, pues, baladí. Habría que concluir en que el romanticismo llegó a América cuando fue ya inevitable, y que la circunstancia peculiar que encontró le dio su caracter igualmente peculiar. El romanticismo hispanoamericano no pudo ser "pastiche", calca, imitación, más que en sus cultivadores más insignificantes. Por eso hablo del romanticismo hispanoamericano y no de romanticismo en América,<sup>125</sup> porque creo en su inevitable particularidad. Es verdad que, en un sentido amplio, su originalidad no es de contenido, y que, en definitiva, sus contenidos eran los mismos que los de la cultura europea. Pero, a propósito de esta cuestión, Federico de Onís ha dicho ya que "el contenido no es nunca lo que define la originalidad o el valor de las culturas"<sup>126,</sup> y si entendemos aquí por "culturas" (como creo que lo hace Onís) las culturas de las diferentes naciones o de todo el continente, ello me parece evidente. Lo original era la intención, la oportunidad, la manera, la aplicación de esos contenidos. Los hispanoamericanos encuentran en el romanticismo un complejo cultural muy aceptable para expresar con voz particular y de manera también particular ideas que, claro, eran universales. Es verdad que no se trata de una herencia literaria autóctona que tenga su propia historia (por lo menos parcialmente) en el país, pero eso está muy lejos de restarle autenticidad. (No hablamos aquí de riqueza, de calidad, que es ya otra cosa.) La autenticidad reside en la capacidad



para expresar cabalmente una circunstancia histórica y geográfica: un hic et nunc, como dice repetidamente Lukacs. Y ¿qué cosa es El matadero, Facundo, Cecilia Valdés, Martín Fierro, Astucia, Amalia, Martín Rivas, María, las Tradiciones peruanas, el Fausto de Estanislao del Campo o el poema de Gutiérrez González Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia, sino la expresión evidente de esos "aquí" y "ahora" que ponen de manifiesto la legitimidad de la literatura americana en la larga vigencia del romanticismo al dar fe de la existencia histórico-concreta de nuestros pueblos con ese elemento crítico persistente que añade la asombrosa continuidad y coherencia que ha señalado justamente Cintio Vitier?<sup>127</sup>

Todo esto está dado como en avance, aparentemente disperso en el detalle de los tópicos a discusión, en la polémica del 42. Por eso resulta extraño que un estudioso de la perspicacia y de la finura crítica de Arrom considere que se trata de "una tardía polémica social"... "simple episodio inflado fuera de toda proporción"<sup>128</sup>. Aun concediendo su indudable localismo, e incluso su posible valoración desproporcionada por parte de algunos críticos e historiadores, no es posible negar que esa fue la expresión americana de la vieja polémica europea sobre el romanticismo y que, junto a otras similares (las de carácter filosófico entre Luz y Caballero, Costales y Francisco Ruiz frente a Delmonte y los hermanos González del Valle, en 1838-39;<sup>129</sup> la de Echeverría y Alcalá Galiano, de 1846;<sup>130</sup> las diversas mantenidas por Francisco Bilbao, en torno al saintsimonismo de su Evangelio americano; la de Lastarría y Bello so-

bre la Influencia social de la conquista española, de 1844-48; la de Sarmiento y Alberdi, provocada por la Bases y las Cartas quillotanas, del segundo, del 1852-53; y hasta la de Altamirano y Pimentel, aunque muy posterior, y algunas otras de menor altura) viene a dar la nota más característica del estado de las ideas literarias de la época.

Mas conviene, antes de entrar en la relación cronológica de la polémica chilena, caracterizar muy brevemente el carácter de la polémica cubana, tres años antes. En ella, Delmonte y sus seguidores (especialmente los hermanos José Zacarías y Manuel) tratan de impugnar las tesis sensualistas (Locke, Condillac, Destutt de Tracy) de Luz y Caballero y sus alumnos. Aunque Delmonte negaba las excrecencias asociales y supuestamente libertinas del romanticismo europeo (y, por supuesto, su liberalismo creciente a raíz de la revolución de julio) defendía en realidad tesis de origen romántico vistas desde la vertiente conservadora, mística, casi clerical. (Conviene también, en este punto, hacer homenaje a su amplitud de pensamiento. De su tertulia salieron escritores de ideas opuestas a las suyas, pero que las habían oído de sus propios labios. Como impulsor de cultura y de curiosidad intelectual, el suyo es un ejemplo señero.) Delmonte pretendía introducir en Cuba el espiritualismo ecléctico de Cousin, eslabón que lo unía <sup>131</sup> al idealismo místico de los románticos alemanes. José Zacarías González del Valle decía (y Delmonte lo secundó días después) que Dios mismo era quien se expresaba por la boca de los poetas y que "la base y ori-

gen de la poesía" estaba en la "virtud espontánea e intuitiva que tiene el entendimiento para conocer y comprender la verdad sin necesidad de intermedio alguno y sin pedirse ni darse cuenta de ella".<sup>132</sup>

Desde posiciones cuasi materialistas, Costales le impugnó rudamente: "Si el poeta no fuera exacto en sus ideas ningún mérito tendrían sus composiciones. La imaginación... debe tener por norma a la naturaleza. De aquí depende el ser tan corto y reducido el número de los buenos poetas, porque arrebatados los más por el furor de sus fantasías desconocieron las bellezas de la naturaleza, creáronse un medio ideal e ilusorio -la alusión al romanticismo alemán no puede ser más clara, F.A.-, y acostumbrados a extravagancias y visiones, no pudieron luego contener el vuelo de sus abstracciones, cayeron en el delirio, y éste les atrajo la conmiseración, cuando no el desprecio de los hombres sensatos. Quítese a la poesía la exactitud de las ideas, despójesele de este mérito, y será nullo, insignificante y efímero su triunfo". Y enseguida esta clara definición de gnoseología materialista: "Las ciencias no les deben ni una sola verdad a los poetas; antes por el contrario, ellos necesitan de todo su auxilio para instruir e interesar con su canto a los mortales. Falso es, por consiguiente, que el poeta, según Ud. dice, llegue al conocimiento de la verdad intuitivamente sin necesidad de ideas intermedias, y bastante singular y peregrino que, tratando de materias filosóficas, diga que Dios habla por boca del poeta. Semejante delirio no merece refutación".<sup>133</sup>

José Zacarías del Valle insistió en la faceta religiosa para arrinconar a los sensualistas cubanos junto a Holbach, Hrvacio y demás terribles materialistas que establecían "un divorcio escandaloso entre la religión y la filosofía" <sup>134</sup>, y acusaba a sus impugnadores de defender un sistema que "en moral produjo el egoísmo, en política la anarquía y la disolución de la sociedad; la destrucción y aniquilamiento completo de la religión; y la pobreza y mezquindad en las artes y poesía" <sup>135</sup>, y, retadoramente, pidiendo definiciones comprometedoras, repetía que "Dios es la sustancia y causa de las verdades" y "como individuo de la especie humana, tengo una chispa divina de la inteligencia absoluta" <sup>136</sup>.

Luz y Caballero, muy inteligentemente, dio a Dios lo que era de Dios y salvó la preeminencia de la naturaleza en el pensamiento del hombre. Pero, maestro al fin de los hijos de las clases adineradas de Cuba, reformista él y no independentista, distó bastante de defender las posiciones del liberalismo radical, y en lugar de combatir el idealismo alemán disfrazado de eclecticismo cousiniano desde posiciones más avanzadas, retrocedía siempre al terreno sensualista, y se acomodaba sólidamente en una posición ilustrada, racionalista, empirista, que se avenía muy bien con sus posiciones políticas reformistas, y que le dejaba amplio margen para echar públicamente a los infiernos al siempre funesto materialismo, y exaltar "la religión sublime del Evangelio" <sup>137</sup>.

En el caso de Sarmiento y los emigrados argentinos, esa resistencia a ocupar posiciones radicales se convierte en su contraria.

Sin que Bello lo mereciera, Sarmiento le suponía ideas que aquel no había expresado y cargaba la mano pro domo sua. No es extraño que Bello abandonara la polémica y que Sarmiento la continuara un poco artificialmente en su empeño de exponer sus opiniones aprovechando el interés despertado en el público.

Ya hemos dicho que Bello había llegado a Chile en 1829. Cuando comienza la polémica, abril de 1842, Bello llevaba en Chile cerca de trece años. Era toda una figura cultural, literaria, pública. En Venezuela, allá por los años '20 había jugado ya su importante papel de innovador y movilizador de conciencias, y Toro (y, antes, Bolívar) están educados en su curiosidad y en su rigor. Tieghem lo supone, exagerando bastante, "cabecera de escuela" <sup>138</sup> romántica. Su formación no era de "escuela". En Inglaterra había traducido a Walter Scott, a Byron, a Ossian; conoció y trabó amistad con Blanco White, Mora, Alcalá Galiano; elogió con su pluma a Richardson, a Fielding, a Goldsmith; escribió en periódicos liberales ilustrados que llegaban a América. Ya hemos visto también que, llevado de su pasión americanista -muy ilustrada pero también muy independiente-, proclamó en 1923, al tiempo de escribir su Alocución a la poesía, la independencia cultural de América, en lo que, según E. Crema, era toda una proclama romántica. En Chile, hizo de su propia casa la Universidad de quien quisiera oírlo, y pronto pasó a ser catedrático y mentor respetadísimo. Bailó las aguas con talento y oportunidad, según los vaivenes de la oligarquía chilena, y lo mismo Portales, que Joaquín Prieto, que Bulnes

Prieto, que Montt, los distinguieron una y otra vez. Ya se sabe que fue el primer rector de la Universidad chilena y autor del famoso discurso con que la inauguró en 1843.

Nada más natural que, para Sarmiento, que llevaba viviendo en Chile muchos años de incertidumbre social, de dificultades de trabajo y de política nacional, viera en Bello la encarnación del conservadurismo ilustrado y, probablemente, lo mismo le hubiera pasado con Luz y Caballero si hubiera sido Cuba el país de su exilio. Frente a Bello, su romanticismo era un romanticismo deliberado, como bien ha visto Rodríguez Monegal; era la posición que más posibilidades ideológicas tenía entonces para un liberal radical.

En su origen, la polémica tuvo un carácter filológico, y Sarmiento comenzó defendiendo la vigencia literaria de los modismos americanos no sacramentados por la Academia Española. "Los gramáticos -decía- son como el senador conservador..., el partido retrógrado estacionario de la sociedad habladora". "El torrente los empuja... y el pueblo triunfa y lo adultera y corrompe todo." El pueblo -y aquí sí había una vieja idea prerromántica- es el creador de la lengua.

La provocación -por el tono sobre todo- era mucha, y Bello, empujado acaso por su carácter ya establecido de puntualizador filológico y de maestro, creyóse obligado a contestar en un artículo anónimo (que muy dieciochescamente firmaba "un ciudadano") en "El Mercurio" del 12 de mayo. Siempre muy equilibrado, Bello reparte los papeles de los gramáticos y del pueblo fijando límites a aquéllos y a éste.

Le preocupa la pureza y la unidad del idioma y, torpemente, saca los ejemplos de Iriarte y el padre Isla, y habla de la libertad licenciosa del romanticismo, cuidándose bien de no deducir de aquí la condenación total de la escuela imperante en Europa.

Pero para Sarmiento es suficiente. Bello ha puesto en sus manos la bandera del romanticismo, y Sarmiento la empuja, no como un iniciado sino como quien usa un excipiente útil. Empieza a sacar la polémica del terreno filológico, en el que Bello era poderoso, y la lleva al ideológico defendiendo la preferencia americana por la cultura francesa y ensalzando la modernidad del idioma francés frente al aniquilamiento del español, detrás de una afirmación inexpugnable: "un idioma es la expresión de las ideas de un pueblo". Para Sarmiento la lengua española debe traducir ideas extranjeras que no han prendido en el suelo, aislado por la Inquisición, de España. E incurre aquí en una contradicción que caracteriza al romanticismo hispanoamericano: esa función de la lengua castellana es una función ilustrada, cosmopolita, afrancesada. Los "afrancesados" habían sido en Alemania, y luego en España, los neoclásicos (Bohl de Faber, en nombre del romanticismo y de su espíritu nacional, los atacaba en sus "Vindicaciones de Calderón y del antiguo teatro español contra los afrancesados en Literatura"). En América, los románticos iban a seguir siendo tan afrancesados como sus antecesores ilustrados de la época de la Independencia. "La influencia del pensamiento en la Penín-

sula -insistía Sarmiento- va a ser nula entre nosotros."

En el fondo, como ha visto también Monegal <sup>139</sup>, Bello y Sarmiento tienen ideas mucho más comunes de lo que parece, pero el argentino, ansioso de sacar todo el jugo posible a la discusión, seguirá ampliando la faceta ideológica del tema, y Bello abandonará la polémica.

Sarmiento va a levantar frente a él el fantasma de un opositor aristocrático y escolástico que no existe. Contra él unirá pueblo y poesía para hacerlos la autoridad única en el uso de las palabras. "Los idiomas -dice- vuelven hoy a su cuna: al pueblo". Y hará del periodismo el medio de relación óptimo entre el escritor (del que se hace encarnación paradigmática) y el pueblo. La poesía, pues, liberada de academismo será bella en sus propios defectos, y deberá mezclarse a la prosa para servir mejor la expresión de las ideas. En el ataque furibundo contra los gramáticos a la manera de Hermosilla, Bello parece quedar incluido entre los anacronismos de la época, y ello provoca -tradición funesta- los primeros ataques a Sarmiento en tanto que extranjero.

Sarmiento no se amilana y el 5 de junio publica una nueva "Respuesta al otro quivam" en la que empieza haciendo el elogio de la finalidad esencial de Larra, de cuyo supuesto romanticismo habría mucho que hablar. Se descubre aquí que el antiespañolismo de Sarmiento su carácter político, no nacional, y pone el ejemplo de Larra "que ama a su patria... que la hiere y la sacude para que se levante". Y añade, de manera



trasparente: "Que ama a su patria: la España o la América, no importa". Y aludiendo más claramente a la acusación de extranjerismo, decía, después de enarbolar a este Larra patriota que "odiaba" a España: "El escritor no es el hombre de una nación... La humanidad es y debe ser para él una gran familia".

La retirada de Bello da lugar a la participación de sus más distinguidos alumnos en la polémica: Salvador Sanfuentes (1817-1860), José Victoriano Lastarria (1817-1888), José Joaquín Vallejo ("Jotabeche") (1811-1858) y, fugazmente, Antonio García Reyes (1817-1855). Del lado de Sarmiento entra en la polémica Vicente Fidel López (1815-1903). Como se ve se manifiesta así, la nueva generación de escritores chilenos y se desvirtúa el pleito aparente entre "viejos y jóvenes". Por primera vez también se plantea como tema central la oposición clásico-romántico.

Sanfuentes y García Reyes, jóvenes muy inteligentes pero todavía, en sus veinticinco años, muy poco maduros, son quienes más jalean el extranjerismo de Sarmiento. Su participación en la polémica es secundaria y son los artículos de Lastarria y de "Jotabeche" los que revisten mayor interés.

Lastarria era, a pesar de su fidelidad a Bello, el más independiente y radical de todos ellos. Su radicalismo no se sentía a gusto en los límites de lo romántico, y es por ello por lo que, a veces, se le considera parcialmente neoclásico tomando por las hojas su racionalismo y su recia figura radical. En mayo del 42 había expuesto en una conferencia que

inauguraba la Sociedad de Literatura de Santiago de Chile, sus ideas sobre la instrucción del pueblo, depositario de la libertad; pero lo realmente importante era que esa misión tenía que estar ya, a juicio de Lastarria, en manos de la nueva generación, abriendo para ella la gran tarea de hacer una literatura original americana, sin negar las influencias fecundas de otras culturas pero sin convertirlas tampoco en simples modelos.

Vicente Fidel López, amigo de Sarmiento rechaza como sobrepasada la polémica entre clásicos y románticos, para utilizar a la manera echeverriana la tesis de una literatura "socialista". Con un planteamiento que haría feliz a Lukacs, Lopez dice que "todo escrito digno de memoria es el espejo que a la vez refleja las formas de un individuo, de un país y de un siglo", y que, el romanticismo es "un movimiento reaccionario de la literatura moderna". Incurría así en una contradicción con Sarmiento que éste hizo suya con ese fino instinto que, a la larga, lo salvaba de su rigor teórico insuficiente. Entretanto, los chilenos arremetían contra el romanticismo esgrimiendo solidísimos argumentos de detalle, sin querer entrar en la polémica de tema general a la que tendía Sarmiento. Con eso, la polémica languidecía, y Sarmiento la abandonó. Sólo Vicente Fidel López publicó todavía seis artículos sin respuesta; seis artículos en los que, muy confusamente, pretendió definir el romanticismo y sus posibilidades en América, logrando, a veces, definiciones acertadas: "El mérito de un americano como escritor no puede menos de ser

relativo; necesariamente ha de expresar las imperfecciones de la sociedad que lo ha producido".

La polémica había terminado con acritud, viciada de esa extraña xenofobia de los chilenos que acaso no tuviera otro origen que el de demostrar una autenticidad nacional frente a la fecundia, aparentemente autosatisfecha, de Sarmiento. Lo cierto es que, poco después, los escritores chilenos fueron poco a poco adoptando posiciones muy semejantes a las de sus cogeneracionales argentinos, mientras Bello, en su discurso de inauguración de la Universidad, meses después, trataba de conciliar ambas posiciones y salvar -precisándola en el terreno teórico- la posición original suya que Sarmiento había hecho tan vulnerable interpretándola a su modo.

En resumen puede decirse que Sarmiento no encontró enemigo; él pedía una polarización de actitudes, una definición de posiciones, que los chilenos no aceptaron. Las polémicas de Europa, las "batallas románticas" francesas, españolas, italianas, en las que tan bien se situaban las posiciones extremas y en las que se manifestaba de verdad una tensa polarización ideológica, no tuvieron su doble en América; es verdad que los temas están repetidos, que todo el bagaje argumental es, en gran medida, europeo; pero es igualmente cierto que la cultura en América no tuvo entonces expresión realmente conservadora, reaccionaria. Delmonte se inhibe ante los señalamientos -nada revolucionarios, por otra parte- de Luz y Caballero; Bello no tiene más que subrayar su posición ecléctica de siempre, y traducir a Hugo; Echeverría y Alcalá Galiano están también

de acuerdo en los problemas de fondo, y en "El Renacimiento" de Altamirano cabrán por igual Guillermo Prieto que Roa Bárcenas, Ignacio Ramírez que Isabel Prieto de Landázuri, en un clima de convivencia positiva que Altamirano plantea conscientemente desde el primer número de la revista .  
140

No es, pues, de extrañar, que otra de las características del romanticismo hispanoamericano sea su larga vida. En Europa es lugar común señalar la brevedad del romanticismo alemán, inglés, francés, italiano e, incluso, del español. Sin embargo, al hablar de Hispanoamérica (cosa que los tratadistas europeos obvian casi siempre) hay que subrayar al largo predominio de un romanticismo forzosamente auténtico (¿cómo, si no, podría haber durado tanto?) desde la Elvira, de Echeverría (1832) hasta el Tabaré, de Zorrilla de San Martín (1882): 50 largos años.

¿Por qué? Porque, como hemos visto en esta polémica chilena, el romanticismo conjugó en América la rebeldía literaria con la política, y esta última mantuvo largo tiempo su vigencia primera. Porque, en segundo lugar, como quedó igualmente puesto de manifiesto en Chile, en 1842, no habiendo tradición literaria hispanoamericana (o no aceptando, al menos, como tal, las aportaciones literarias del tiempo de la dominación española), el romanticismo fue su propia tradición. Y, tercero, porque el desarrollo de la burguesía liberal nacional fue estremadamente laborioso, y no dejó, hasta bien avanzado el siglo, su identificación con las facetas liberal y nacional del romanticismo, con sus contenidos revolucionarios y éticos inmediatos .  
141

Contra lo que imaginara José Cecilio del Valle, al día siguiente de la independencia ("la lengua castellana se irá mudando insensiblemente; cada Estado americano tendrá su dialecto: se multiplicarán los idiomas y cada idioma será un método nuevo de análisis"<sup>142</sup>), el idioma en América se enriqueció (y enriqueció al de la península) sin negar sus raíces. Lo ha dicho bellamente Lezama Lima "La hazaña americana en el lenguaje, en ese siglo XIX, ha sido plena. La pelusilla gris en que han ido cayendo las palabras españolas en ese siglo, sienten de nuevo por tierras americanas los pífanos agudos del romancero, con toda la novedad de una feria verbal, protegida por la noche querenciosa del ombú"<sup>143</sup>. El Modernismo será, en el terreno del lenguaje particularmente, un fenómeno lógico y no casual. (Y digo "en el terreno del lenguaje particularmente", porque fue ese, tal vez, el único terreno en que permaneció vigente durante todo el siglo, la pasión innovadora de los polemistas del 42.) Pero sobre las veleidades del modernismo, en lo que se refiere a las ideas, Martí ("la palabra no es para encubrir la verdad, sino para decirla") se dará la mano con Sarmiento cuando éste criticara el elegante cinismo de Talleyrand ("Dios dio la palabra al hombre para disfrazar su pensamiento"<sup>144</sup>).

De uno al otro hay un proceso cuyas etapas trataremos de señalar en el próximo capítulo.

CAPITULO IV  
PERIODIZACIÓN DE LA TRAYECTORIA  
IDEOLOGICA DEL ROMANTICISMO  
HISPANOAMERICANO

+

Sobre la periodización de la historia literaria de América y sobre la alternancia de las generaciones en esos periodos se ha escrito mucho (aunque no lo bastante todavía) y basta remitirnos a los estudios de José Antonio Portuondo, al de Arrom y al de Carilla, ya mencionados, y a las proposiciones de Pedro Henríquez Ureña, Marinello, Anderson Imbert, Rojas y algunos más.

---

+ Huizinga nos ha puesto en guardia frente al error de considerar un periodo histórico como "una líneas dividida en segmentos". Huizinga dice con su conocida penetración: "La imagen gráfica que corresponde a la concepción racional de un periodo no es la de una línea dividida en segmentos, sino la de una serie de círculos de radio desigual cuyos centros aparecen reunidos en un grupo irregular y cuyas periferias se cortan, por tanto, en una serie de puntos, de tal modo que la imagen del conjunto, vista a cierta distancia, presenta la forma de un racimo, de un complejo de círculos entremezclados". Pero, enseguida, el propio Huizinga acepta una objeción considerable "Para muchos, sin embargo, esta figura no expresa con bastante fuerza la conciencia del decurso del tiempo y del progreso en una determinada dirección". (Huizinga: El concepto de la historia y otros ensayos, F.C.E. 1a. ed. 1946, p. 78). Para obviar esta inaudable falla, se me ocurre, muy modestamente, considerar que cada uno de esos círculos sugeridos certeramente por Huizinga, sean la proyección plana de una espiral de radio también desigual que se eleva a un nuevo plano histórico (a un nuevo periodo), con amplitud diferente. No encuentro imagen gráfica mejor para expresar la efectiva continuidad de la cultura en América, su complejidad (no hablamos aquí de calidad o de "progreso") y, como dice Huizinga, el carácter secundario de la división de la historia en periodos. Sin embargo, a pesar de ese carácter secundario de la periodización histórica, forzoso es aceptar la significación cualitativa de algunos saltos históricos (aunque, en el terreno de la cultura, sean mucho menos violentos, repentinos y revolucionarios, que en los campos de la economía o de la política) y, como, en definitiva, esas espirales de centros distintos y radios variables cam-

Los límites de nuestro trabajo no nos permiten comentar las soluciones de unos y otros (aunque tal tarea es muy seductora para cualquiera que haya intentado por su cuenta urdir su propia periodización persiguiendo la aparición de ideas nuevas, la imposición hegemónica de corrientes ascendentes, los puntos climáticos, las crisis, los nuevos influjos europeos, las traducciones, los viajes de las figuras más influyentes, los resultados positivos de las polémicas, todo ello, perseguido paralelamente al desarrollo político, sociológico, económico de los países americanos), y es por ello por lo que hemos de concretarnos a exponer nuestro propio esquema, muy conscientes de que no puede ser más que una apoyatura para ese juego dialéctico de interinfluencias, confluencias y divergencias de todo tipo que puedan acaso expresarse gráficamente en ese complejo de espirales que esbozo en la nota de estas páginas.

Hay una tendencia general, impuesta tal vez por Ortega y Gasset y por tantos otros estudiosos de los ritmos generacionales, hacia la fijación de periodos de un número fijo de años. La norma parece poco lógica, antihistórico, irreal, incluso un

---

bien a veces de color, de tenacidad, o quedan, simplemente, rotas sin remedio, sin continuidad visible. Más que un racimo estático y plano, como indicaba -con reservas- Huizinga, la imagen gráfica de un periodo histórico se convierte, pues, para mí, en un complejo sistema de espirales verticales y variables, entre dos niveles, señalados por la ruptura significativa de alguna o algunas de ellas. Las espirales vendrían así a expresar las constantes más o menos determinantes o representativas de cada periodo. No sin cierta ironía veo que esta imagen gráfica tiene no poco del moderno op-art que ha ayudado a forjar, en parte, la geometría analítica del espacio.

chas fallas, resultan, por lo menos, una ayuda en la aclaración del proceso. En este aspecto, todos los cuadros de periodos o generaciones son útiles, pues sirven para configurar con nitidez la idea que se tenga de un proceso, y para exponerla, también, con la lamayor claridad.

De lo que queda expuesto en los capítulos precedentes se pueden desprender ya dos periodos separados aproximadamente por el bienio 1830-32: muerte de Bolívar, intronización de las dictaduras militares, llegada de Echeverría, Toro y Delmonte a América. Aparición de Elvira o la novia del Plata.

Primer periodo El primero de estos dos periodos lo hemos visto nacer en el bienio 1810-12, veinte años

(1812-1832) antes. Son los años de las guerras de independencia. Su línea decisiva, determinante de cualquier otro proceso coetáneo, es la ruptura política con la metrópoli.

Su momento apical, casi en el centro del periodo, es el de la entrevista Bolívar-San Martín (1822) y el de las grandes victorias de Ayacucho y Junín (1824). Geográficamente se perfilan, ya desde ahora, cuatro zonas de desarrollo: México y Centroamérica, las Antillas y el Brasil, el llamado Cono Sur y la zona andino-venezolana. Hemos señalado ya la peculiaridad de estos desarrollos relativamente independientes, las figuras que los representan, las contradicciones entre ellos y las que empiezan a padecer internamente.

A pesar de los intentos de la incipiente burguesía radical, los esfuerzos porque esa ruptura política trajera como consecuencia la creación de una base económica y social nueva



no resultan triunfantes. O'Higgins tiene que salir al destierro, Rivadavia renuncia, el Congreso venezolano proscribió a Bolívar y se ve obligado también a renunciar a la presidencia de Colombia. "Cambiose la corteza política -se ha dicho-, pero se dejó la argamasa social intacta".

Si no hubo cambios en lo económico -cambios estructurales, por supuesto-, tampoco los hubo, decisivos, en el terreno de la cultura. La emancipación intelectual no se lleva todavía a cabo en el aspecto concreto de las corrientes literarias, de las influencias y de los estilos. Es la época señoreada, ya lo hemos señalado, por Lizardi, Heredia, Olmedo, Bello, y otros escritores más claramente neoclásicos todavía: Bartolomé Hidalgo, Cruz Varela, José Fernández Madrid, José María L. Mora, Alamán, aunque en todos ellos, como en sus antecesores de la colonia, haya ya no pocos elementos de clarísimo e inevitable americanismo.

Esto viene a indicar, una vez más, que los cambios políticos revolucionarios (y menos aún cuando no conllevan radicales cambios estructurales) no determinan automáticamente cambios superestructurales. La literatura está particularmente defasada en América. Ya Huizinga apuntó -siguiendo a Spangenberg- que "las grandes conquistas de la cultura señalan más bien el apogeo que el comienzo de un periodo". En cierto sentido, podría decirse, precisamente, que el triunfo político de la Revolución independentista viene a ser el apogeo de la Ilustración en América (mediatizada, claro, por las insuficiencias del desarrollo clasista), y que habrá que es-

perar largos años para presenciar el comienzo del nuevo periodo cultural que corresponda a la etapa histórica abierta por la ruptura política de la Independencia.

La situación de la novela no desmiente este planteamiento. No hay en América novela de estirpe neoclásica de más vigor y madurez que El periquillo Sarniento. Pero las armas no dan mucho lugar a las musas (especialmente a las novelescas) y la producción de prosa narrativa es, lógicamente, muy escasa. La novela Jicoténcatl, aparecida anónimamente en 1826, en Filadelfia, con tema mexicano de la conquista, tampoco desmiente la caracterización general del periodo. La edición completa de El Periquillo Sarniento en 1830 (cuando su primera edición incompleta es de 1916) es como un llegar exhausto a una meta irrenunciable e impostergable. Poner la pica en Flandes y dar paso a otro periodo.

Segundo periodo (1832-1852):  
Surgimiento del romanticismo,  
polémicas, cristalización.

La llegada de Echeverría a Toro y Delmonte a América provocan un visible cambio de calidad, que por ejemplo, la llegada de Bello no había podido determinar. Hay una conciencia clara de desarrollo, se saben los propios orígenes europeos (el romanticismo francés, sobre todo, de la segunda generación) y americanos (los independentistas frustrados), y se persigue un objetivo que norma todo el periodo: la ruptura cultural literaria consciente.

Ya hemos señalado que los puntos de irradiación geográfica del romanticismo naciente son Buenos Aires-Santiago de Chile,

Caracas y La Habana. El punto apical es, en el centro mismo del periodo, la polémica chilena de 1842, con un antecedente y con un consecuente de la más alta significación: la fundación de la Asociación de Mayo y la aparición del Dogma Socialista (1838) y la publicación de Facundo (1845). Echeverría traía las ideas e incluso el lenguaje de muchos textos teóricos de Víctor Hugo, y, paradójicamente, criticaba con él la imitación y la adopción de modelos. Trae también el influjo de Saint-Simon, y cuando habla de "inspiración romántica y cristiana"<sup>145</sup>, no es al idealismo germánico al que hace referencia (aun cuando acaso hubiera algún influjo de esta dirección) sino a Lamennais y a Saint-Simon. Lamennais, en su segunda etapa ideológica, funda, precisamente en 1830, un nuevo periódico, L'Avenir, cuyo lema era "Dios y Libertad". Echeverría llega a Buenos Aires hablando de una "ideología cristiana, liberal y americana"<sup>146</sup>. Como se ve, añadía la proyección americana como una perspectiva. Federal o unitario, lo importante era crear la cultura nacional, a partir de lo moderno europeo trasplantado a la tierra americana para darle carácter peculiar y autenticidad. Traduce a los franceses, como tantos otros, pero escribe Elvira, La cautiva, y esa joya primigenia de la prosa narrativa americana moderna: El matadero.

Fermin Toro, gran admirador de Bello, traduce también a ingleses y franceses (es diplomático en Inglaterra de 1839 a 1841) y propaga en Caracas las obras de Larra (cuyas obras completas se publican, como ya dijimos, en Caracas, en 1839), Byron, Madame de Staël, Chateaubriand y Lamartine, Hugo y Espron-

ceda; pero a la hora de escribir, nos da sus Costumbres de Barullópolis (1839) y sus ensayos sobre Europa y América, que le llevarán, tres años después, a proponer, en el año de la polémica chilena, sus Ideas y necesidades. En el terreno de la novela, Los mártires (1842), muy romántico de tema y estilo, es también una muestra de la ingenua crítica social que luego desarrollaría Eugenio Sué, basada probablemente en un suceso londinense.

La polémica chilena no es, sin embargo, un punto de giro, sino una señal de crisis de crecimiento. Las circunstancias literarias de América siguen por algún tiempo imprecisas e indefinidas, y el escritor americano no se encuentra todavía tranquilamente instalado en una concepción coherente y hegemónica del mundo americano. Pedro Henríquez Ureña ha podido decir, en generalización arriesgada, que no hay novela americana hasta la mitad del siglo, hasta después de 1850. La afirmación no es exacta, pero invita a ciertas consideraciones sobre las novelas aparecidas hasta entonces. En primer lugar, hay que señalar el predominio de la narración corta, cuyo paradigma será El matadero, escrito, sí, en 1838, pero publicado después de la muerte de su autor. La novela de Toro es igualmente breve, lo mismo que sus otras obras narrativas (La viuda de Corinto, El solitario de las catacumbas, La Sibila de los Andes). En Cuba, Antonelli (1839) es también una novela corta, al igual que Sab de G.G. de Avellaneda (1841) y Francisco (escrita en 1838 pero publicada en 1880) de Suárez

Romero. La única novela larga de todos esos años es Cecilia Valdés, pero aparece sólo su primera parte (1839), y como folletín de periódico. En 1843, El mendigo, fallido intento narrativo de Lastarria es también un cuento.

La excepción a esta norma es, primero, Facundo, que aparece en 1845, en el que, con un gran vigor, se mezclan los géneros (no creo que siguiendo huellas teóricas del fragmentarismo y de la disolución de los géneros alemanes). En Facundo se enfrentan los dos hombres que desequilibran el período, los dos hombres de que nos habla H.A. Murena en el Pecado original de América. Por un lado el innovador, crítico de América, perteneciente a la burguesía ascendente, hombre de lecturas, liberal, europeísta, que "no vacilaría en apelar a una dictadura para imponer una constitución 'perfecta', capaz de domar para siempre la barbarie". El segundo arquetipo es un fanático que cree haber visto lo que es la civilización y el espíritu y que los considera como algo ofensivo y hostil; se une así "a las oscuras fuerzas de la tierra y de la sangre". Su ideal es la supresión del diálogo, y en su odio al liberalismo no tiene más consigna que "religión o muerte". Ganadero o al servicio del ganadero, caudillo o soldado del caudillo, miembro de las masas o explotador de las masas; no ve más solución que arrasar con el enemigo, que es siempre un "extranjero", y con semejante espíritu "quisiera cerrar el país al resto del mundo..., teminar con toda comunicación, alegando que corrompe lo 'nacional'"; acusa a su enemigo de subversor de las costumbres... "y aparece de pron-

to como más 'sano', como más 'natural' que su adversario". Si defiende el folklore tradicional, es buscando "un estancamiento definitivo de todo quehacer cultural" y vive "hastiado de realidad y sepultado en ella".

Este desequilibrio dramático, que en mayor o menor medida, se da en toda América, tiene su primera crisis severa en 1852, con la batalla de Caseros, la derrota de Rosas y la instauración (1853) de la Constitución Argentina. Un año después cae en México Santa Anna (agosto 1854) y se sientan las bases para el inicio de la Reforma. En el 58 caen los Monagas en Venezuela. En Cuba se establecen, en 1853 las primeras fábricas mecanizadas de la industria cigarrera y se inicia la crisis del régimen esclavista de producción que va a dar paso, ahora sí, a los propósitos independentistas de los nuevos hacendados cubanos.

Estos cambios que se producen en la década de los años 50, empiezan a dar la victoria a la burguesía americana, aunque para conquistarla, tenga que aceptar compromisos con la "barbarie" denunciada por Sarmiento y definida arquetípicamente por Murena, que provocarán la tragedia de una revolución burguesa nunca completada.

Pero, en el terreno de la cultura, el escritor se encuentra ya situado en una forma debida que no le resulta radicalmente conflictiva. En los años 50 comienza lo que nosotros suponemos tercera etapa del proceso del romanticismo hispanoamericano: la del florecimiento, la del apogeo.

Alberdi decía en sus Bases: "La época de los héroes ha pasado. Entramos hoy (1852) en la época del sentido común. No es Napoleón el tipo americano de grandeza, sino Washington, que no representa las virtudes militares, sino la prosperidad, la organización y la paz". Y, enseguida esta frase llena de injusticia pero tremendamente expresiva de la época que se empezaba a vivir: "Los libertadores sudamericanos son los peores enemigos de la libertad... La auténtica libertad es de un desarrollo lento". Polémicas aparte (y la confrontación entre las Quillotanas y Las ciento y una es de un polemismo sin cuartel). Sarmiento no pensaba de manera muy distinta. Comenzaba la expansión económica de la burguesía americana. Aparecía una nueva mentalidad. Se creaba un público lector (encabezado de manera decisiva por un público femenino que coincidiría y pediría mayor énfasis en lo sentimental y en lo subjetivo. Montt en Chile expresa también, cabalmente esta proyección general.

Después de Facundo, hasta la mitad del siglo, hay varias novelas importantes en América: La novia del hereje, (46) de Vicente Fidel López, El llanero (46) del venezolano Daniel Mendoza, El pistol del diablo (publicada parcialmente ese año, en una revista) de Manuel Payno, Guatimozin (46) de la Avellaneda, El cristiano errante (dejada inconclusa por el guatemalteco A.J. Irisarri), Soledad (47) (considerada por algunos como la primera novela romántica de América), de Mitre, El padre Horán (48) primera representación, debida al peruano Arestegui, del anticlericalismo que luego habrá escuela en

ese país, El Alférez Alonso Díaz de Guzmán (48) de Lastarria, Horas de tristeza (50) de Florencio M. del Castillo, La guerra de treinta años (50) de Orozco y Berra, y El oidor (50) del colombiano José A. de Plaza.

El periodo que, según nuestro esquema termina en el 52, se cierra con la edición completa de Amalia (51) de José Mármol que viene a representar el cambio apuntado en el público y en las condiciones de la vida literaria. Es, en realidad, la primera novela larga de importancia que se publica completa en libro y que tiene una acogida extensa. Junto a ella el teatro empieza a adquirir también gran predominio y, en general, ambos géneros, sobrepasan -como ha dicho Arrom- en importancia a la poesía lírica.

Tercer periodo (1852-1872):

Florecimiento y apogeo del romanticismo americano.

Según datos aproximados dig-  
147  
nos de crédito la pobla-  
ción de hispanoamerica en  
1850 era de veintidós mi-

llones seiscientos mil habitantes. Con respecto a 1825, los países de mayor progreso demográfico son, entre los más poblados son México (que pasa de seis millones y medio a siete millones seiscientos mil), Colombia (que pasa de un millón doscientos mil a dos millones doscientos cuarenta mil), Venezuela (que pasa de ochocientos mil a un millón y medio), Argentina (que pasa de seiscientos treinta mil a un millón cien mil) y Cuba (que pasa de setecientos mil habitantes a un mi-



llón doscientos mil).

Se inicia la época de las inmigraciones en la Argentina, de las primeras líneas de telégrafos, de la extensión de las vías férreas y, en general, de la constitucionalidad en la mayoría de nuestros países.

En el terreno de la cultura parece como si el caos y la precariedad de la producción literaria del periodo anterior se remansara un tanto, abandonara la tumultuosidad de los últimos años y lograra una fluidez relativamente tranquila, capaz de permitir la distinción de diversas corrientes no contradictorias; el apogeo tranquilo, en una palabra, conjugado con el mayor caudal. El ápice literario del periodo será la publicación en 1867 de María del colombiano Jorge Isaac. En la mitad del periodo, como una demostración de su diversidad y de su caudal, Martín Rivas de Blest Gana y las Tradiciones Peruanas, disputan a la novela de Isaac su importancia y significación. Es en este periodo en el que parecen perfilarse todas esas catalogaciones de la novela americana deminonónica a las que se vuelve una y otra vez: novela sentimental, novela costumbrista, novela histórica, novela indianista, novela de folletín, novela colonial, novela simbólica, etc. Resulta difícil, y cada vez más inútil, precisar más y más estas catalogaciones. Más importante resulta señalar cómo todas esas novelas históricas, coloniales, de tradiciones, etc., significan, aunque formalmente sean casi siempre folletones, el contenido rico y vivo del pasado americano, desenterrado mediante una labor que, salvando las distancias del caso es paralela a

la de los románticos europeos volcados con intensa curiosidad sobre el medioevo, sobre los mitos nacionales, sobre las fantasías del pueblo etc. Así surgen en América, a veces con un gran bagaje de pasión política, el Inquisidor Mayor (52) y El pirata de Huayas (63) del chileno M. Bilbao, La Inquisición en Lima (54), de Vicente Fidel López, Huayna Capac y Atahualpa (56) del colombiano Felipe Pérez, La Cruz y la espada (66) y Mártires del Anáhuac (70) de Eligio Ancona, La hija del Adelantado (66) y Los nazarenos (67) del guatemalteco Milla, Martín Garatuza (68) y todas las demás novelas históricas de Riva Palacio, etc. Surgen también los imitadores de Sué: Los misterios de San Cosme (51) del mexicano José Rivera Ríos, Los misterios de Santiago (58) del chileno José A. Torres, Los misterios de Sucre (61) del boliviano Sebastián Delange, etc., pero, las mejores serán aquellas en que se vea ya asomar el realismo americano: las novelas de Blest Gana, influido ya por Balzac y no por Chateaubriand; la novela del peruano Luis Benjamín Cisneros, Edgardo (Historia de un joven de mi generación) (64); Astucia (64) del mexicano Luis G. Inclán; la notable Excursión a los indios ranqueles (70) de Mansilla y María el logro más alto en muchas décadas.

En estos años hace su entrada en el panorama literario el romanticismo mexicano retrasado por diversas causas. José Luis Martínez da como fundamental una mayor preocupación política en comparación con Argentina y Chile, y ello adquiere justificación si se tiene en cuenta la historia de las guerras de México hasta el triunfo de la Reforma y el caos económico y social que forzosamente conlleva. Pero aun añadiría yo otro elemento que también se ha apuntado; el de las muy restringi-

das relaciones personales mediante viajes y correspondencia de los escritores mexicanos. Todos los americanos viajan, En estos años Alberdi, José María Gutiérrez, Delmonte, Marmol, Sarmiento, Toro, Mitre, el puertorriqueño Manuel A. Alonso, Manuel Bilbao, Mendive, Ostos, Rafael Pombo, Blest Gana, los emigrados políticos cubanos (Zenea, Teurbe Tolón, Turla, Santacilia) y muchos más van y vuelven a Europa y viajan por los países de América, y visitan Estados Unidos, y conocen personalmente a muchos escritores norteamericanos y europeos. En México apenas pasa cosa parecida. El viaje de Altamirano a Europa, ya para morir, es como un símbolo. Pero, libros, sí llegan a México, y son los libros europeos los que van creando la peculiaridad tardía del romanticismo mexicano expresada en la revista El Renacimiento (1869) de Altamirano y en sus dos novelas mejores Celemencia (69) y Navidad en las montañas (80). Y será Astucia la novela que por su autenticidad mexicana representará mejor la otra faceta (más conservadora) del romanticismo mexicano.

No es necesario señalar que, a la par del desarrollo de la novela, pero siempre en menor medida, la poesía alcanza también niveles muy notables (Guillermo Blest Gana, Rafael Pombo, Marmol, Estanislao del Campo, Gregorio Gutiérrez González, y el primer libro (71) de Carlos Guido y Spano). Pero, como parece ser norma, en los periodos en que predomina la novela, la poesía se hace narrativa. Habrá que esperar al próximo periodo, el de la decadencia de la novela romántica para contemplar las cumbres más altas de la lírica romántica en América. Y para ver también que, como la otra cara de una

mis moneda, con el predominio de la poesía lírica, la novela se hace más sentimental.

Quarto Periodo. (1872-1882):

Decadencia de la novela

romántica americana

En 1871 el pueblo de París

instaura el poder comunero.

Veintitres años antes se ha-

bía fundado la Asociación

Internacional de Trabajadores, creada por Marx: la Primera Internacional. Tendrán que pasar esos veintitres años para que, en ese mismo año de 1871 se funde en Argentina la primera delegación americana de la Primera Internacional. Cumpliendo la ley de la dialéctica histórica descubierta por Marx, la burguesía americana creaba también su propia negación, al crear su propio florecimiento.

Un año antes se había creado en Brasil la primera Sociedad Positivista de América, y en 1873, inaugurando la estatua de Belgrano, Domingo F. Sarmiento pronuncia, a sus sesenta y dos años de edad, un trascendental discurso que la historia ha calificado como spencieriano. Anunciaba ya a la generación argentina "del 80": la que iba a levantar la bandera de Spencer, Taine, y Darwin. 1872 es también el año de la muerte de Benito Juárez, apogeo de las leyes de Reforma. Venezuela inicia en 1870 la dictadura corrupta, despilfarradora, de Antonio Guzmán Blanco, gran viajero de las capitales europeas. Al igual que en México, también en Venezuela se reducen en gran medida los privilegios de la iglesia y su hegemonía. En Argentina la perspectiva señalada por Alberdi con sus Basas

se cumple con el enriquecimiento de los terratenientes. Precisamente en 1870 Mitre funda La Nación, periódico que -según Lewis Hanke<sup>148</sup> - "se convirtió en la voz de la conservadora clase de terratenientes". El romanticismo cerraba su ciclo. Dice Robin Humphreys: "Empezó a tomar forma la Argentina moderna: el inmigrante y el capital inmigrante, la red de ferrocarriles; el alambre de púas; el barco refrigerador y el frigorífico, fueron los instrumentos de una revolución ganadera, agraria y comercial, que convirtió al país en el más grande exportador de carne del mundo y en uno de los más grandes productores de cereales; que elevó el valor del suelo a alturas fabulosas, y que transformó, con rapidez sin precedente, una zona fronteriza retrasada en una civilización comercial altamente urbanizada"<sup>149</sup>. En 1876, Porfirio Díaz instaurará su dictadura "progresista". Para entonces ya la burguesía peruana se ha enriquecido con el guano de sus islas cercanas y con el salitre. En Ecuador muere asesinado, en 1875, García Moreno, y comienza sus actividades la Academia Ecuatoriana de la Lengua. "Comenzaba el momento -dice Angel Felicísimo Rojas- de los escritores solitarios. Y la fuga de la realidad circundante... El aliento del romanticismo europeo llegaba hasta los reducidos grupos que cultivaban la literatura entre nosotros"<sup>150</sup>. Es un ejemplo del paralelismo entre el defasamiento económico y cultural. El otro, más extremado todavía, es el del Paraguay, que en una guerra insensata de cinco años (65-70) pierde casi toda su población masculina, cerrando toda posibilidad de desarrollo literario.

Pero, en los principales países de América, repito, el romanticismo había cerrado su ciclo. Resulta un tanto melancólica la aparición ;en 1879! de la primera edición completa de Cecilia Valdés, el año siguiente de la Paz del Zanjón y el mismo año de Cumandá, de J.L. Mera, la novela idílica y sentimental del indianismo mentiroso. En Puerto Rico se escribe una novela de asunto persa: Nadir Shah (75) de Mariano Francisco Quiñones, y en el 76 todavía Tapia, también puertorriqueño escribe una novela de piratas: Cofresí, no del todo deleznable. Es también la época del colombiano José M. Samper (Los claveles de Julia, El poeta soldado) y de Soledad Acosta de Samper (Los hidalgos de Zamora). Como en toda época de decadencia, surge una calidad acartonada, académica: la de Enriquillo, de Galván, la de El Alférez Real de Palacio, la de la propia Cumandá, la de Un capitán de patrios de Juan María Gutiérrez (escrita según su autor treinta años antes).

Junto a la decadencia de la novela romántica se da el apogeo de la poesía lírica y los ejemplos paradigmáticos del Martín Fierro (72), la obra literaria más importante que ha dado América al mundo y Tabaré de Juan Zorrilla de San Martín, verdadera muerte del cisne del romanticismo en América (80).

Aparecen también las primeras novelas naturalistas de Campaceres (Fotpourri, 1883), y la prosa casi modernista de Fruto Vedado (80) de Paul Groussac.

Quinto periodo (1882-....): Después del Ismaelillo (82)  
Romanticismo tardío. de José Martí, y de la irrupción de la generación argenti-

na del 80, toda novela romántica nace vieja. Apenas merecen una mención. Pueden tener una cierta importancia marginal (Ave sin nido, Blanca Sol, Su Excelencia y Su Ilustrísima, Peonía, etc.) pero resultan difícilmente legibles. Empieza a triunfar el realismo que nace, teñido un poco, a veces, de romanticismo, con algunas obras capitales entre las que hay que destacar Ismael (88) de Eduardo Acevedo Díaz, Durante la Reconquista (87) de Blest Gana y, en menor nivel pero con gran dignidad literaria Juvenilia (84) de Miguel Cané, La gran aldea de Lucio Vicente López, Juan de la Rosa de Nataniel Aguirre, La Bola, de Rabasa y Los bandidos de Río Frío, de Payno.

El Romanticismo ha muerto. Acaso renace de nuevo, ya sin vigor definitivo. ¿No es Doña Bárbara, en muchos sentidos, una novela romántica, postromántica?

NOTAS

- 1.- Lukacs, Geörgy: "The question of romanticism", en The New Hungarian Quarterly, Vol. VI, núm. 18, verano 1965, p. 27.
- 2.- "C'est a romanesque que renvoie l'etymologie de romantisme". (Picon, Gaetan: "Le roman et la prose lyrique du XIX éme. siecle" Histoire des litteratures, t. III. p. 1018, Pleiade, París, 1958). Y en el mismo lugar: "El romanticismo ha dado a la novela sus cartas de nobleza literaria".
- 3.- Huizinga: El concepto de la historia y otros ensayos. FCE. México. 1946, p. 82.
- 4.- "Foesía del destino" vs. "Poesía de la providencia", capítulo XI de De l'Allemagne (1813)
- 5.- Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Ed. Casa de las Américas, Habana, 1964, p. 4.
- 6.- Ensayistas del Brasil, Unión Panamericana, Washington-México, 1952, p. 65.
- 7.- Torres-Rioseco: The Epic of Latin American Literature, California Press, 1961, Cuarta Edición, p. 57.

Ya Cassirer ha demostrado en su Filosofía de la Ilustración (FCE, trad. de E. Imaz, México, 1942) que el problema de la naturaleza, el famoso "estado de naturaleza" y su concomitante del "buen salvaje" (al igual que el de la libertad o el del historicismo, supuestamente planteados, según muchos, por los románticos) fueron planteados por la Ilustración precisamente en su aspecto científico, reclamando para él "un



- fundamento inmanente", negándose a reconocer en nombre de la ciencia "nada sobrenatural o suprahistórico".  
(cit. por J.A. Portuondo, La historia y las generaciones, Santiago de Cuba, 1958, p. 20).
- 8.- De Onís, F.: España en América Ed. Universidad de Puerto Rico, 1955. p. 159.
- 9.- FCE primera edición, México, 1948, p. 135.
- 10.- En Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Ed. Gredos, Biblioteca Romántica Hispánica, Madrid, 1953, p. 132.
- 11.- Obras, Tomo IV, p. 144.
- 12.- Véase, por ejemplo, El romanticismo español, de Díaz-Plaja para quien el "fenómeno romántico" -siempre en el espíritu del desbordamiento del término- es la "versión estética de la rebelión individualista que preconiza el racionalismo, de la libertad que propugna la Enciclopedia..., de la defensa de la posición que va desde Spinoza a Rousseau" (p.19), "el paso del dogmatismo al relativismo" (p.20).
- 13.- Murena, H.A., El pecado original de América, Sur, Buenos Aires, 1954. p. 193.
- 14.- Dymnik, Historia de la Filosofía Tomo I, p. 16. Ed. Grijalbo, México, 1960.
- 15.- "El naturalismo inglés", en el tomo I, p.657, de su gran obra Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX, ed. Americalee, Buenos Aires, 1946.
- 16.- (ver El Joven Hegel, de G. Lukacs, Grijalbo, México, 1963)
- 17.- Garudy parafrasea este concepto cuando dice en "La herencia

hegeliana", Lecturas de marxismo-leninismo, Ed. Universidad, Habana, 1965, p. 140) que "la burguesía alemana, impotente para hacer la revolución a comienzos del XIX (o fines del XVIII), hace del humanismo kantiano, no una perspectiva política como los revolucionarios franceses, sino 'un ideal, una pura exigencia moral'".

- 18.- Cit. por Mijail Lifshitz, en "Concepciones de Marx y Engels sobre el arte y la literatura", publicado como introducción a la edición cubana de Sobre la literatura y el arte, de Marx y Engels, Editora Política, Habana, 1965, p.21.
- 19.- Ver Lukacs, Litterature allemande, Gallimard, París, 1947. p. 61 y 62.
- 20.- Sacristán, Prologo a Obras de Goethe, Ed. Vergara, Barcelona, p. 19/20.
- 21.- Brandes. p. 678 y 679.
- 22.- Brandes, Tomo I, p. 718.
- 23.- UNAM. México, 1958, p. 40
- 24.- Ibidem, p. 65.
- 25.- Ib. p. 69.
- 26.- Brandes, I. p. 728.
- 27.- Emerson, después de su primera visita a Wordsworth (en 1833) refería: "Quería (Wordsworth) convencerme, y a todos los buenos americanos, de que había que cultivar la moral, el elemento conservador, etc... Criticó y censuró el Wilhelm Meister. Dijo que contenía lascivias de toda índole. Se tenía la impresión de que las moscas se acoplaban en el aire. Nunca había llegado más allá de la primera parte y había tirado el libro

- con indignación". (Cit. por Brandes, tomo I, p. 700).
- 28.- Ver René Wellek, "The concept of 'romanticism' in literary history", en Comparative Literature, Núm. 1, 1949, p. 6.
- 29.- Ed. Aguilar, Biblioteca de Iniciación Filosófica, Núm. 13, Buenos Aires, 1963. Traducción y prólogo de Alfonso Castaño Piñán.
- 30.- Tomo II, p. 209.
- 31.- Tomo I. p. 164.
- 32.- Lukacs, "The question of Romanticism" foreword to Volume VI ("French realists") of his Collected Works, publicado por primera vez en The New Hungarian Quarterly, Vol. VI, No. 18, summer, 1965.
- 33.- En Sobre la literatura y el arte. Ed. Política, La Habana, 1966 p. 337.
- 34.- Brandes, Tomo I, p. 191.
- 35.- Modern, R.E.; Historia de la literatura alemana, FCE. Breviario 1959, p. 184.
- 36.- Brandes I, 684.
- 37.- I, 411.
- 38.- Lukacs, Litterature allemande, p. 76
- 39.- Ibidem, p. 78.
- 40.- Ib. p. 84.
- 41.- Op. cit. II, 201.
- 42.- Carta citada por Brandes, op. cit. II, p. 204.
- 43.- Lukacs, op. cit. p. 87.
- 44.- Prólogo a El Regañón, CNC de la UNESCO, Habana, 1965, p. 10
- 45.- Lukacs, op. cit. p. 84 a 87.
- 46.- Brandes. op. cit.

- 47.- L'ironie, Librairie F. Alcan, París, 1936, p. 7-10
- 48.- Ibidem, p. 73/75.
- 49.- Citado por Brandes Op. cit., II, p. 63.
- 50.- Ibidem, 21 y ss.
- 51.- Bompiani, Ugo Dettore, Enciclopedia de la literatura, artículo "romanticismo".
- 52.- Ed. Aguilar, Buenos Aires, Biblioteca Iniciación Filosófica, Núm. 41, segunda edición 1960. Traducción y prólogo de Juan Segura Ruiz.
- 53.- Ibidem p. 42.
- 54.- Hauser, Introducción a la Filosofía del Arte, Editorial Guadarrama, Madrid, 1952, p. 94.
- 55.- Ibidem, p. 85.
- 56.- Ib. p. 93.
- 57.- Bray, René, Chronologie du romantisme (1804-1830) París, 1932.
- 58.- Obermann, carta LXXVII, cit. por R. Wellek en "The concept of 'romanticism' in literary history", en Comparative Literature, Núm. 1, 1949, p. 9
- 59.- Bray René, Chronologie du romantisme París, 1932.
- 60.- V. Brandes, I. 681.
- 61.- Cole, Historia del Pensamiento Socialista, Tomo I, p. 193.
- 62.- Wellek, René: "The concept of 'romanticism' in literary history", en Comparative literature, No. 1, 1949, p. 10
- 63.- En su excelente prólogo a las Obras de Heine editadas por Clásicos Vergara, Barcelona, 1964, p. 23

- 64.- Brandes, Tomo I, p. 729
- 65.- Ibidem, I. 724.
- 66.- Cole, op. cit. I. p. 124.
- 67.- Preville, Jean, "La literatura y el arte en la obra de Marx y Engels", en Marx-Engels: Sobre la literatura y el arte, Habana, 1966, pp. 418).
- 68.- Brandes, op. cit.: tomo II, p. 56.
- 69.- Theimer, W.: Historia de las ideas políticas (Bibl. de Ciencia Política, No. 2) Ed. Ariel, Barcelona, 1960. p. 287.
- 71.- Ed. Instituto Nacional de Cultura, La Habana, 1957, p. 32.
- 72.- Arrom: Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un método). Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963. p. 132.
- 73.- Zea, Leopoldo: Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica, UNAM, México, 1956, p. 14 a 17.
- 74.- Cit. por Luis Villoro, "Las corrientes ideológicas en la época de la independencia", en Estudios de Historia de la filosofía en México, UNAM, México, 1963, p. 212/213.
- 75.- Ibidem, p. 209-210.
- 76.- Cit. por José M. Siso Martínez, en "Bernardo O'Higgins", Forjadores del mundo moderno, por Louis Untermeyer, p. 2. Ed. Grijalbo, México, 1957).
- 77.- Juan Jacobo Rousseau, (Col. de ensayos). (UNAM. México, 1964, p. 380).
- 78.- Paso, Rivadavia y la línea de mayo, Ed. Fundamentos, Buenos Aires, 1960, p. 13/14.
- 79.- Ib. p. 206 y 207.
- 80.- Villoro, op. cit. p. 210 a 231.

- 81.- Ed. FCE. p. 214.
- 82.- Ed. FCE. Cit. Villoro, op. cit. p. 235.
- 83.- Gaos, J.: Prólogo a Pensamiento de lengua española.
- 84.- El pensamiento de Belgrano, selección y prólogo de Celso Tindaro, p. 25, 26 y 27. Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1944.
- 85.- Kohn, Historia del Nacionalismo, FCE p. 408-409.
- 86.- Mansur, G.: Simón Bolívar, Ed. Grijalbo, México, 1960, p. 156.
- 87.- Op. cit. p. 215.
- 88.- Cit. por J.A. Portuondo, en Crítica de la época "Leyenda de realidad de B. Franklin" Ed. Universidad de las Villas, Habana, 1965, p. 293.
- 89.- Lezama Lima, La expresión americana, p. 74.
- 90.- Simón Bolívar, Documentos. (Col. Literatura latinoamericana) Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1964, p. 201. y 202.
- 91.- Ibidem, p. 226.
- 92.- Cit. Untermeyer, op. cit. p. 38.
- 93.- Heredia, primogénito del romanticismo americano, FCE. México, 1950.
- 94.- Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. (Ensayo de un método). Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963, p. 125.
- 95.- Ibidem, p. 125.
- 96.- "'Periodos' y 'generaciones' en la historiografía literaria hispanoamericana", en La historia y las generaciones, Santiago de Cuba, 1958, p. 96, 97 y 100.
- 97.- "Introducción a Cuba", en Crítica de la época, Habana, 1965, p. 141.
- 98.- Ibidem, p. 142-143.
- 99.- Aguirre, Sergio: Lecciones de Historia de Cuba, Habana, 1961 p. 29.
- 100.- Ibidem, p. 38.

- 101.- Ibidem p. 41.
- 102.- Zea, op. cit. p. 21 y 22.
- 103.- Ibidem, p.23.
- 104.- López Rosado, Curso de Historia Económica de México, UNAM, 1964, p. 205.
- 105.-Paso, Leonardo: De la colonia, a la independencia, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1963, p. 182.
- 106.- Marx, Carlos, El Capital, Tomo III, p. 303-304. Ed. Cartago, 1956.
- 107.- Bello, Investigación sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile, Santiago 1842.(Cit.Zea, op. cit. p. 33.)
- 108.- Op. cit. p. 235.
- 109.- Op. cit. p. 203.
- 110.- Saco, Papeles sobre Cuba, Tomo I, Dirección Nacional de Cultura, Habana, 1960, p. 370.
- 111.- Kohn, op. cit. p. 408.
- 112.- Vid. Torres, Edelberto; "Morazán", en Untermeyer, Forjadores del mundomoderno, Grijalbo, México, 1955? p. 75.
- 113.- Cit. por Reyes, Alfonso, "Las ideas francesas en América" Obras Completas, FCE, T. VII, p. 412.
- 114.- Op. cit. p. 251.
- 115.- Op. cit. p. 286-287.
- 116.- Cit. por E.A. Imbert en Historia de la Literatura Hispanoamericana FCE. t. I. p.
- 117.- Jaramillo Uribe, op. cit. p. 383.
- 118.- A. Zum.Felde: Literatura Hispanoamericana. El ensayo. Ed. Guaranía, México, p. 76-78.
- 119.- Martí, escritor americano. Ed. Grijalbo, México, 1957. n. 83.

- 120.- Op. cit. p. 145.
- 121.- Cit. por Angel F. Rojas La novela en Ecuador, FCE.Col. Tierra Firme, p. 35.
- 122.-Marx-Engels, Sobre la literatura y el arte, p.
- 123.- Humanismo y sociedad, Ed.Seix-Barral, Barcelona,Col.Biblioteca Breve.
- 124.- Op. cit. I, p. 23.
- 125.- El dilema lo ha planteado Carilla en El romanticismo hispanoamericano, Ed.Gredos, Madrid, p. 40-41.
- 126.- Onís: España en América, p. 119.
- 127.- Vitier, Cintio: Prólogo a Poetas románticos cubanos, Habana, 1963, p. 12.
- 128.- Op. cit. p. 138.
- 129.- Aparecida en José de la Luz y Caballero y otros: La polémica filosófica (Biblioteca de Autores Cubanos,No.13). Ed. de la Universidad de la Habana, 1948.
- 130.- Zum Felde, Alberto, op. cit. p. 96.
- 131.- V. Zea, op. cit. p. 66.
- 132.- José de la Luz y Caballero y otros: op.cit. p. 16,
- 133.- Ibidem, p. 24-25.
- 134.- Ibidem p. 29.
- 135.- Ibidem p. 28.
- 136.- Ibidem p. 26.
- 137.- Ibidem p. 108.
- 138.- Van Treghem: La época del Romanticismo, Ed. UTEHa, México, p. 154.
- 139.- Rodríguez Monegal, apuntes de sus conferencias en el Colegio de México, primavera 1964.
- 140.- V. Huberto Batis, Estudio preliminar a los Indices del Re



- nacimiento, UNAM? México, 1963.
- 141.- J. Marinello, op. cit. p. 75.
- 142.- Cit. por Barón Castro, Rodolfo: Españolismo y antiespañolismo en la América Hispana, Ed. Atlas, Madrid 1945, p. 26.
- 143.- Lezama Lima, op. cit. p. 95-96.
- 144.- Cit. por Sarmiento, Domingo F.: Las ciento y una, primera carta, Ed. Sopena, p. 81.
- 145.- cit, por Monguió, Luis: Estudios sobre literatura hispanoamericana y española. Ed. Frank de Andrea. (Manuales Studium). México, 1958. p. 114.
- 146.- Idem. p. 16.
- 147.- Barón Castro, Rodolfo: La población hispanoamericana a par de la Ia Independencia, Ed. Atlas, Madrid 1945, p. 43 y 55.
- 148.- Lewis Hanke: América latina, continenete en fermentación, Ed. Aguilar, Madrid, 1961, p. 205.
- 149.- Cit. por Lewis Hanke, op. cit. p. 206.
- 150.- Rojas, Angel F., op. cit. p. 42.